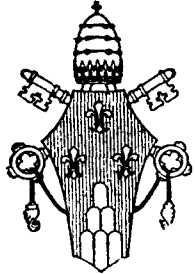




TOTA PVLCHRA ES, MARIA



MARIA MADRE DE LA IGLESIA HIMNO INCOMPARABLE DE ALABANZAS EN HONOR DE MARIA

Discurso de Paulo VI en la Sesión
de Clausura del Concilio Vaticano II

Nuestro pensamiento, venerables hermanos, no puede menos de elevarse, con sentimientos de sincero y filial agradecimiento, también a la Virgen santa, a aquella que queremos considerar protectora de este Concilio, testigo de nuestros trabajos, nuestra amabilísima consejera, pues a ella, como a celeste patrona, juntamente con San José, fueron confiados por el papa Juan XXIII, desde el comienzo, los trabajos de nuestras sesiones ecuménicas.

Animados por estos mismos sentimientos, el año pasado quisimos ofrecer a María Santísima un acto solemne de culto en común, reuniéndonos en la basílica Liberiana en torno a la imagen venerada con el glorioso título de "Salus Populi Romani".

Este año, el homenaje de nuestro Concilio es mucho más precioso y significativo. Con la promulgación de la actual constitución, que tiene como vértice y corona todo un capítulo dedicado a la Virgen, justamente podemos afirmar que la presente sesión se clausura como himno incomparable de alabanza en honor de María.

Pues es la primera vez —y decirlo nos llena el corazón de profunda emoción— que un Concilio ecuménico presenta una síntesis tan extensa de la doctrina católica sobre el puesto que María Santísima ocupa en el misterio de Cristo y de la Iglesia.

Esto corresponde a la meta que este Concilio se ha prefijado: manifestar el rostro de la santa Iglesia, a la que María está íntimamente unida, y de la cual, como egregiamente se ha afirmado, es "la parte mayor, la parte mejor, la parte principal y más selecta" (1).

En verdad, la realidad de la Iglesia no se agota en su estructura jerárquica, en su liturgia, en sus sacramentos ni en sus ordenanzas jurídicas. Su esencia íntima, la principal fuente de su eficacia santificadora, ha de buscarse en su mística unión con

Cristo; unión que no podemos pensarla separada de aquella que es la Madre del Verbo encarnado y que Cristo mismo quiso tan íntimamente unida a sí para nuestra salvación. Así ha de encuadrarse en la visión de la Iglesia la contemplación amorosa de las maravillas que Dios ha obrado en su santa Madre. Y el conocimiento de la verdadera doctrina católica sobre María será siempre la llave de la exacta comprensión del misterio de Cristo y de la Iglesia.

La reflexión sobre estas estrechas relaciones de María con la Iglesia, tan claramente establecidas por la actual constitución conciliar, nos permite creer que es éste el momento más solemne y más apropiado para dar satisfacción a un voto que, señalado por Nos al término de la sesión anterior, han hecho suyo muchísimos padres conciliares, pidiendo insistentemente una declaración explícita, durante este Concilio, de la función maternal que la Virgen ejerce sobre el pueblo cristiano. A este fin hemos creído oportuno consagrar, en esta misma sesión pública, un título en honor de la Virgen, sugerido por diferentes partes del orbe católico, y particularmente entrañable para Nos, pues con síntesis maravillosa expresa el puesto privilegiado que este Concilio ha reconocido a la Virgen en la santa Iglesia.

MADRE DE LA IGLESIA, RUEGA POR NOSOTROS

Así, pues, para gloria de la Virgen y consuelo nuestro, Nos proclamamos a María Santísima "Madre de la Iglesia", es decir, Madre de todo el pueblo de Dios, tanto de los fieles como de los pastores que la llaman Madre amorosa, y queremos que de ahora en adelante sea honrada e invocada por todo el pueblo cristiano con este gratísimo título.

Se trata de un título, venerables hermanos, que

no es nuevo para la piedad de los cristianos; antes bien, con este nombre de Madre, y con preferencia a cualquier otro, los fieles y la Iglesia entera acostumbran dirigirse a María. En verdad pertenece a la esencia genuina de la devoción a María, encontrando su justificación en la dignidad misma de la Madre del Verbo encarnado.

La divina maternidad es el fundamento de su especial relación con Cristo y de su presencia en la economía de la salvación operada por Cristo, y también constituye el fundamento principal de las relaciones de María con la Iglesia, por ser Madre de Aquel que desde el primer instante de la encarnación en su seno virginal se constituyó en cabeza de su Cuerpo místico, que es la Iglesia. María, pues, como Madre de Cristo, es Madre también de los fieles y de todos los pastores, es decir, de la Iglesia.

VIVA CONFIANZA DE TODO EL GÉNERO HUMANO

Con ánimo lleno de confianza y amor filial elevamos a ella la mirada, a pesar de nuestra indignidad y flaqueza; ella, que nos dio con Cristo la fuente de la gracia, no dejará de socorrer a la Iglesia, que, floreciendo ahora en la abundancia de los dones del Espíritu Santo, se empeña con nuevos ánimos en su misión de salvación.

Nuestra confianza se aviva y confirma más considerando los vínculos estrechos que ligan al género humano con nuestra Madre celestial. A pesar de la riqueza maravillosa en prerrogativas con que Dios la ha honrado, para hacerla digna Madre del Verbo encarnado, está muy próxima a nosotros. Hija de Adán, como nosotros, y, por tanto, hermana nuestra con los lazos de la naturaleza, es, sin embargo, una criatura preservada del pecado original en virtud de los méritos de Cristo, y que a los privilegios obtenidos suma la virtud personal de una fe total y ejemplar, mereciendo el elogio evangélico "Bienaventurada porque has creído". En su vida terrena realizó la perfecta figura del discípulo de Cristo, espejo de todas las virtudes, y encarnó las bienaventuranzas evangélicas proclamadas por Cristo. Por lo cual, toda la Iglesia, en su incomparable variedad de vida y de obras, encuentra en ella la más auténtica forma de la perfecta imitación de Cristo.

Por lo tanto, auguramos que con la promulgación de la constitución sobre la Iglesia, sellada por la proclamación de María Madre de la Iglesia, es decir, de todos los fieles y pastores, el pueblo cristiano

se dirigirá con mayor confianza y ardor a la Virgen Santísima y le tributará el culto y honor que a ella le compete.

En cuanto a nosotros, ya que entramos en el aula conciliar, a invitación del papa Juan XXIII, el 11 de octubre de 1961, a una "con María Madre de Jesús", salgamos, pues, al final de la tercera sesión, de este mismo templo, con el nombre santísimo y gratísimo de María Madre de la Iglesia.

En señal de gratitud por la amorosa asistencia que nos ha prodigado durante este último período conciliar, que cada uno de vosotros, venerables hermanos, se comprometa a mantener alto en el pueblo cristiano el nombre y el honor de María, uniendo en ella el modelo de la fe y de la plena correspondencia a todas las invitaciones de Dios, el modelo de la plena aceptación de la doctrina de Cristo y de su caridad, para que todos los fieles, agrupados por el nombre de la Madre común, se sientan cada vez más firmes en la fe y en la adhesión a Cristo y también fervorosos en la caridad para con los hermanos, promoviendo el amor a los pobres, la justicia y la defensa de la paz. Como ya exhortaba el gran San Ambrosio: "Viva en cada uno el espíritu de María para ensalzar al Señor; reine en cada uno el alma de María para glorificar a Dios" (2).

LA ROSA DE ORO, AL SANTUARIO DE LA VIRGEN DE FÁTIMA

Especialmente queremos que aparezca con toda claridad que María, sierva humilde del Señor, está completamente relacionada con Dios y con Cristo, único Mediador y Redentor nuestro. E igualmente que se ilustren la naturaleza verdadera y el objetivo del culto mariano en la Iglesia, especialmente donde hay muchos hermanos separados, de forma que cuantos no forman parte de la comunidad católica comprendan que la devoción a María, lejos de ser un fin en sí misma, es un medio esencialmente ordenado a orientar las almas hacia Cristo, y de esta forma unir las almas al Padre, en el amor del Espíritu Santo.

Al paso que elevamos nuestro espíritu en ardiente oración a la Virgen para que bendiga el Concilio ecuménico y a toda la Iglesia, acelerando la hora de la unión entre todos los cristianos, nuestra mirada se abre a los ilimitados horizontes del mundo entero, objeto de las más vivas atenciones del Concilio ecuménico, y que nuestro Predecesor Pío XII, de venerable memoria, no sin una inspiración del Al-

tísimo, consagró solemnemente al Corazón Inmaculado de María. Creemos oportuno, particularmente hoy, recordar este acto de consagración. Con este fin hemos decidido enviar próximamente, por medio de una misión especial, la rosa de oro al santuario de la Virgen de Fátima, muy querido no sólo por la noble nación portuguesa —siempre, pero especialmente hoy, apreciada por Nos—, sino también conocido y venerado por los fieles de todo el mundo católico. De esta forma, también Nos pretendemos confiar a los cuidados de la Madre celestial toda la familia humana, con sus problemas y sus afanes, con sus legítimas aspiraciones y ardientes esperanzas.

**FERVIENTE INVOCACIÓN A LA INMACULADA
REINA DEL UNIVERSO**

Virgen María, Madre de la Iglesia, te recomendamos toda la Iglesia, nuestro Concilio ecuménico.

“Socorro de los obispos”, protege y asiste a los obispos en su misión apostólica y a todos aquellos, sacerdotes, religiosos y seglares que con ellos colaboran en su arduo trabajo.

Tú, que por tu mismo divino Hijo, en el momento de su muerte redentora, fuiste presentada como Madre al discípulo predilecto, acuérdate del pueblo cristiano, que en ti confía.

Acuérdate de todos tus hijos; avala sus preces

ante Dios; conserva sólida su fe; fortifica su esperanza; aumenta su caridad.

Acuérdate de aquellos que viven en la tribulación, en las necesidades, en los peligros, especialmente de aquellos que sufren persecución y se encuentran en la cárcel por la fe. Para ellos, Virgen Santísima, solicita la fortaleza y acelera el ansiado día de su justa libertad.

Mira con ojos benignos a nuestros hermanos separados, y dignate unirnos, tú que has enegndrado a Cristo, fuente de unión entre Dios y los hombres.

Templo de la luz sin sombra y sin mancha, intercede ante tu Hijo unigénito, Mediador de nuestra reconciliación con el Padre (cf. Rom 5, 11), para que sea misericordioso con nuestras faltas y aleje de nosotros la desidia, dando a nuestros ánimos la alegría de amar.

Finalmente, encomendamos a tu Corazón Inmaculado todo el género humano: condúcelo al conocimiento del único y verdadero Salvador, Cristo Jesús; aleja de él el flagelo del pecado, concede a todo el mundo la paz en la verdad, en la justicia, en la libertad y en el amor.

Y haz que toda la Iglesia, celebrando esta gran asamblea ecuménica, pueda elevar al Dios de las misericordias un majestuoso himno de alabanza y agradecimiento, un himno de gozo y alegrías, pues grandes cosas ha obrado el Señor por medio tuyo, clemente, piadosa y dulce Virgen María.

MARIA MOLDE DE DIOS HECHO POR EL ESPIRITU SANTO

El gran molde de Dios hecho por el Espíritu Santo, para formar al natural un Dios hombre por la *unión hipostática*, y para formar un hombre Dios por la *gracia es María*. Ni un solo rasgo de divinidad falta en este molde, cualquiera que se meta en él y *se deje manejar*, recibe allí todos los rasgos de Jesucristo, verdadero Dios; y esto de manera suave y proporcionada a la debilidad humana, sin grandes trabajos ni agonías; de manera *segura* y sin miedo de ilusiones que no tiene aquí parte el demonio ni tendrá jamás entrada donde esté María; de manera, en fin, santa e inmaculada, sin la menor mancilla de culpa.

LUIS MARÍA GRIGNON DE MONFORT

UN APOSTOL DE LA MATERNIDAD ESPIRITUAL DE MARIA



UN calderero, con aire cansino, recorre las calles de la capital de la Gironda... “¡Calderos a componer!...” La tarde soleada y tranquila invita a olvidar las vicisitudes y amarguras de estos últimos años. Vuelven a su recuerdo, por unos instantes, los días apacibles de la infancia y juventud pasados en su región natal, el Perigord... Corría el otoño de 1793.

“Calderero, que le llaman...” Un niño de unos 10 años, le tira suavemente de la manga y le conduce a un próximo portal. Penetran en una casa sombría, donde una mujer enferma está postrada en cama. El hombre abandona sus herramientas de calderero. Con recogimiento y desconocida actividad, extiende un pequeño mantel blanco sobre la mesilla de noche, enciende unas cortas velas y extrae de una bolsa, que esconde celosamente bajo su blusa, una diminuta cajita... Son los tiempos del Terror y los sacerdotes no juramentados que permanecen en Francia clandestinamente se ven obligados a emplear todo tipo de ardid para ejercer secretamente su ministerio. El presunto calderero es el sacerdote Guillermo José Chaminade.

Un apostolado turbado por la Revolución

Nacido en 1761, en Perigueux, capital del Perigord, el P. Chaminade fue el decimotercero y último hijo de la familia. Estudia primero en un internado, en Mussidan, bajo la dirección de su hermano mayor, sacerdote jesuita. Se traslada después a Burdeos para seguir los estudios eclesiásticos y más tarde a París, a San Sulpicio, donde se ordena sacerdote.

Vuelto a su tierra natal se ocupa, como administrador, en la dirección del internado de sus primeros años, en Mussidan, colaborando con sus hermanos. Al internado le llama la gente el “Colegio de los Chaminade”...

La convocatoria de los Estados Generales en 1789, viene a turbar estas tareas apostólicas. La noticia no sorprende al joven sacerdote Chaminade que, durante su estancia en Burdeos y París, ha podido percatarse

de la turbación de los espíritus como efecto de la filosofía racionalista de la época, del deterioro de las costumbres cristianas en la sociedad y de la falta de disciplina y fervor en el clero.

La toma de la Bastilla y los primeros desmanes revolucionarios llegan como un lejano eco, sin trascendencia, a este rincón de Francia que es Mussidan. Sin embargo, la aprobación de la Constitución Civil del Clero en julio de 1790 obliga a los Chaminade a dejar la dirección del internado. El P. Chaminade decide trasladarse a Burdeos donde desconocido, y, más tarde, disfrazado de calderero, continuará ejerciendo clandestinamente su ministerio sacerdotal. Los católicos franceses, ante la Revolución, se ven obligados a revivir las vicisitudes de los primeros cristianos.

Desterrado a España

Con la caída de Robespierre en 1794 se inicia un paréntesis en la persecución religiosa, después de la época del Terror. El P. Chaminade vuelve a vestir la sotana, abre un Oratorio y es designado en su diócesis, Penitenciario. Se encarga de la reconciliación de los sacerdotes juramentados.

Al mismo tiempo, comienza a entrever lo que será más tarde su vocación y obra. La situación religiosa de la sociedad francesa es deplorable tras los estragos de la Revolución. Hay que restaurarlo todo. Siente la necesidad de formar jóvenes apóstoles que se entreguen a la tarea de recristianizar la sociedad. En esta época conoce a los que serán, primero, congregantes y luego, años más tarde, miembros de la Compañía de María (Marianistas).

En 1797 suben al poder los jacobinos y un nuevo período revolucionario y de persecución religiosa azota Francia. Esta vez, el P. Chaminade no pasa desapercibido y es desterrado a España.

Tres años durará su destierro en Zaragoza. A los pies de la Virgen del Pilar, en nuestra patria, entre los sinsabores y estrecheces del destierro madurará su espíritu de amor filial a la Santísima Virgen, característico en su obra. Allí ve claramente su misión. “Hijos míos, yo os vi tal como estáis aquí y esto

sucedió en un abrir y cerrar de ojos, hace mucho tiempo”, dirá, años más tarde, en una confidencia a sus discípulos, acerca de la inspiración sobrenatural que tuvo entonces.

De nuevo en Francia

A la caída del Directorio, el P. Chaminade regresa a Francia. Se instala de nuevo en Burdeos y reanuda su labor apostólica.



El Concordato de 1801, a pesar de sus imperfecciones, permite una normalización del culto y de la vida religiosa. El P. Chaminade funda una congregación para jóvenes y, más tarde, otra para chicas que se desarrollarán rápidamente. En poco tiempo el Oratorio resulta pequeño y la Congregación traslada el centro de sus actividades a la capilla de La Magdalena.

La Congregación tiene muy buena acogida en la juventud bordelesa pero las dificultades van a interrumpir de nuevo los afanes apostólicos del P. Cha-

minade. La ruptura de las relaciones diplomáticas del Estado francés con la Santa Sede, la ocupación de los Estados Pontificios por Napoleón y la excomunión de éste, serán la causa de nuevas tribulaciones. Durante unos años, la Congregación suspende sus actividades. El P. Chaminade tiene 50 años y, sin embargo, no ha iniciado todavía sus obras apostólicas más importantes.

Con la Restauración, la Congregación conoce su apogeo. De ella saldrán las primeras vocaciones religiosas para las dos fundaciones del P. Chaminade. En 1816, en la diócesis de Agen, con un grupo de Congregantes funda el Instituto de Hijas de María Inmaculada. Se dedican a la enseñanza. Su primera superiora y cofundadora es Adela de Trenquillon.

Pero su obra más importante brota de la Congregación de los jóvenes en Burdeos: la Compañía de María (Marianistas). En 1817 se establece la primera comunidad Marianista. Pronto se suman nuevos miembros, se afianza la obra y se orienta hacia la enseñanza como apostolado. Los años de la Restauración son propicios para crear centros de enseñanza libre. Además, después de los años de impiedad de la Revolución, se ve la necesidad imperiosa de este apostolado.

La primera y segunda enseñanza, la formación profesional y agrícola, incluso las escuelas normales para la formación de los futuros maestros conocen el trabajo y los afanes de los primeros marianistas.

La Revolución de 1830

Las jornadas revolucionarias de julio de 1830 y la instauración del gobierno moderado de Luis Felipe obliagn al cierre de los noviciados, a la suspensión de la Congregación de Burdeos, al abandono de las escuelas normales... en general, la enseñanza libre no agrada al nuevo régimen liberal. Los trabajos apostólicos de la Compañía de María sufren una interrupción.

Los últimos años de la vida del P. Chaminade van a conocer las tribulaciones más dolorosas. Los acontecimientos revolucionarios turban a algunos espíritus marianistas. Dificultades económicas, la amenaza de una disolución civil de la Compañía, la inseguridad, la crítica sobre algunas orientaciones... es la hora de la prueba.

Se producen en estos años algunas defecciones entre los miembros de primera hora, de la Compañía de María. El P. Chaminade escribirá más tarde: “La Revolución es la criba del Señor; algunos de nuestros

miembros, como la paja de la mies, han volado al mundo, y desgraciadamente todavía no todo es trigo limpio”.

En 1834, apaciguada en parte la tormenta, se emprenden nuevas fundaciones. Continuarán, sin embargo, las dificultades financieras. Otra cuestión importante acapara, entre 1837 y 1839, la atención del P. Chaminade: La redacción definitiva de las Constituciones de la Compañía. En 1841, a sus 80 años de edad y para mejor hacer frente a los problemas económicos, los componentes del Consejo le piden la dimisión como Superior General.

La designación de un nuevo Superior General será la causa de nuevas diferencias entre el P. Chaminade y sus discípulos. Interviene Roma y ordena reunirse el Capítulo General que nombra como sucesor al P. Caillet. El P. Chaminade pasará los últimos años de su vida, hasta su muerte en 1851, un tanto

oculto y olvidado, al margen de la dirección de su obra.

El P. Chaminade es un apóstol de la Maternidad Espiritual de María, doctrina que en estos tiempos ha arraigado profundamente en la devoción mariana del pueblo cristiano. Él nos propone un ideal: Jesús, Hijo de María. Porque de la sumisión y entrega a nuestra Madre, de nuestra condición de hijos suyos, cabe esperar todo. Ella nos engendra a la vida espiritual como nuevos Cristos. Y bajo su dirección, “María Duce!”, se alcanzará la victoria definitiva contra la serpiente.

“Al fin mi Corazón Inmaculado triunfará”, nos dirá Nuestra Señora en Fátima. El P. Chaminade, a quien toca vivir los tiempos azarosos de la Revolución francesa, inicio de esta lucha terrible contra el infierno, lo intuye así y se entrega a la tarea de formar apóstoles que trabajen a las órdenes de María Inmaculada.

LUIS COMAS ZAVALA

MARIA EN LOS ULTIMOS TIEMPOS

El poder de María sobre todos los diablos brillará particularmente en los últimos tiempos en que Satanás pondrá asechanzas a su talón, es decir a sus humildes esclavos y a sus pobres hijos, que Ella suscitará para hacerle la guerra. Serán pequeños y pobres, según el mundo, y rebajados ante los otros como el talón, hollados y oprimidos como el talón lo es respecto de los demás miembros del cuerpo, mas, en cambio, serán ricos de las gracias de Dios, que María les distribuirá abundantemente, grandes y exaltados en santidad delante de Dios, superiores a toda criatura por su celo inflamado y tan fuertemente apoyados en el socorro divino que con la humildad de su talón, en unión de María, aplastarán la cabeza del diablo y harán triunfar a Jesucristo.

En fin, Dios quiere que su Santísima Madre sea ahora más conocida amada y honrada que nunca, lo cual se conseguirá, sin duda si los predestinados

entran con la gracia y la luz del Espíritu Santo en la práctica interior y perfecta que voy a descubrirles a continuación. Entonces verán claramente, en cuanto lo permite la fe a esa hermosa estrella del mar, guiados por la cual arribaran seguros al puerto a pesar de las tempestades y de los piratas; conocerán las grandezas de esta Soberana y se consagrarán enteramente a su servicio en calidad de súbditos y esclavos suyos de amor; experimentarán sus dulzuras y sus mercedes maternas y la amarán tiernamente como hijos suyos predilectos; conocerán las misericordias de que está llena y las necesidades en que se encuentran de su socorro y recurrirán a Ella en todas sus cosas como a su querida abogada y medianera ante Jesucristo; sabrán que Ella es el medio más seguro el más fácil, el más corto y el más perfecto para ir a Jesucristo, y se entregarán a Ella en cuerpo y alma para pertenecer igualmente a Jesucristo.

S. Luis M.^a Grignon de Monfort

MI IDEAL: JESUS HIJO DE MARIA

"Estaban junto a la cruz de Jesús su Madre y la hermana de su Madre, María de Cleofás, y María Magdalena. Jesús, pues, viendo a la Madre, y junto a ella al discípulo a quien amaba, dice a su Madre: Mujer, he ahí a tu hijo. Luego dice al discípulo: He ahí a tu Madre. Y desde aquella hora la tomó el discípulo en su compañía."

Io. 19, 25-27



DIJO Dios a la serpiente: "Pondré enemistades entre ti y la mujer..." y la historia es testigo del continuo socorro y protección de la Santísima Virgen sobre el pueblo cristiano que, siglo tras siglo, la ha invocado sin cesar.

En estos últimos siglos, los embates del infierno se han hecho cada vez más furiosos. Pero una consideración nos consuela: a medida que la indiferencia, la falta de fe y la impiedad aumentaban el Espíritu Santo suscitaba en el seno de la Iglesia un mejor y más profundo conocimiento del papel de María en el misterio de Cristo y de la salvación de los hombres. Los documentos pontificios, la fundación de Órdenes religiosas consagradas a Ella y el sencillo fervor popular mariano lo atestiguan. Se ha dicho, con razón, que el siglo xx es el siglo de María.

Uno de los primeros apóstoles en este esplendor de la espiritualidad mariana es el P. Guillermo José Chaminade, sacerdote francés, fundador de la Compañía de María y del Instituto de Hijas de María Inmaculada, que afirmará su confianza en el triunfo final de María: "el poder de María no ha disminuido. Creemos firmemente que Ella vencerá esta herejía como todas las demás, porque Ella es hoy, como en otro tiempo, la Mujer por excelencia, la Mujer prometida para aplastar la cabeza de la serpiente. A Ella pues, está reservada en nuestros días una gran victoria. A Ella pertenece la gloria de salvar la fe del naufragio de que está amenazada entre nosotros".

El Padre Chaminade vivió los años calamitosos de la Revolución francesa. Desterrado a España, entrevé por inspiración divina, lo que será años después su misión apostólica: formar apóstoles consagrados a la Santísima Virgen, que trabajen bajo sus órdenes. María Duce! será su lema.

El ideal mariano del Padre Chaminade

La espiritualidad del Padre Chaminade consiste en imitar a Jesús, hijo de María, en ser con Jesús otros

hijos de María reproduciendo y participando de su piedad filial para con su Santísima Madre.

El fundamento teológico de su devoción mariana es la maternidad espiritual de María. "Cuando María dio el consentimiento a la Encarnación del Verbo, es evidente que conoció la obra y economía de la redención en toda su extensión y la aceptó con amor. Comprendió que al concebir a Jesús le concebía todo entero, es decir su cuerpo natural y su cuerpo místico, pues no podía separarle de aquello que debía hacer uno con Él. Así, al resignarse al honor de la maternidad divina, aceptó la doble cualidad de Madre de Jesucristo, tomado individualmente, y Madre de Jesucristo considerado en la plenitud de su cuerpo que es la Iglesia. Al concebir naturalmente al Salvador en su seno virginal ha concebido pues, espiritualmente en su alma por su amor y por su fe a los cristianos miembros de la Iglesia y, por consiguiente de Jesucristo."

"Es verdad que el precio de nuestra redención fue pagado a la divina justicia en el Calvario; fue allí donde se consumó nuestra regeneración; fue desde lo alto de la cruz donde Jesucristo nos mereció la gracia de la adopción y de la gloria; fue, pues, allí donde, propiamente, María, en cuyo seno estábamos concebidos espiritualmente desde la encarnación, nos dio a luz a la vida de la fe; pero no fue entonces solamente cuando comenzó a ser nuestra Madre. Por estas insignes palabras: "Mujer, he ahí a tu hijo", Jesucristo desde lo alto de la cruz no hizo sino revelar al mundo una verdad que importa grandemente a la salvación. Reservó esta manifestación para el momento supremo de la vida, a fin de que tuviese a nuestros ojos la santidad del testamento de muerte de un Dios."

"Hemos sido todos concebidos en María; debemos, pues, nacer a María y ser formados por Ella a semejanza de Jesucristo, a fin de que no vivamos sino de la vida de Jesucristo, que seamos con Jesucristo otros Jesús hijos de María."

Ser otros Jesús, otros hijos de María, encierra para el Padre Chaminade un sentido mucho más honroso que el de la simple imitación. Se trata no sólo de

imitar, sino de participar de sus mismos sentimientos de amor, de respeto y sumisión para con su Santísima Madre.

Jesús hijo de María

¿Cómo realizó Jesús su condición de hijo de María? El P. Chaminade lo esboza con estas palabras: "Jesús quiso nacer de María; alimentado y educado por Ella, no se separó de su lado en todo el curso de su vida mortal; la estuvo sumiso y la asoció a todos sus trabajos, a todos sus dolores y a todos sus misterios".

Jesús quiso nacer de María. Ésta es la primera manifestación del amor eterno de Jesús para con María. Y Jesús, que quiso a María por Madre se volcó en Ella con sus dones "pues la Madre de un Dios debió de recibir de Dios, su Hijo todo lo que una criatura puede ser en ese rango sublime".

"El Hijo de Dios se dejará alimentar, cuidar, educar y vestir por una criatura, que cumplirá con Él todos los deberes de la maternidad. Impotente para sostenerse a sí mismo y proveer a sus necesidades el Verbo eterno, niño pequeño, reposará sobre las rodillas de María y sobre su corazón, se alimentará de su leche, solicitará sus tiernas caricias, se mantendrá a sus pies y la escuchará docilmente."

"María, Madre de Dios, es también su maestra. A Ella le compete no sólo el honor de dar la vida y la educación física del Hijo de Dios, sino al mismo tiempo la gloria de hacer en lo moral su educación humana. Dios, su Hijo, debe crecer a los ojos de los hombres en sabiduría y en edad. No es, claro está, que ignore algo, ni que tenga necesidad de aprender nada, puesto que en Él están todos los tesoros de sabiduría y ciencia; pero como se ha anonadado bajo la forma de esclavo, debe, al atravesar las diferentes edades de la vida humana tomar exteriormente del hombre todo lo que no es pecado; todo, digo, hasta cuando niño, las mismas apariencias de la ignorancia y de la debilidad. Y así es como los ángeles y los hombres han podido contemplar al Creador en la escuela de una criatura que no sabe nada sino por Él."

"María, Madre de Dios, tendrá hasta el fin bajo su obediencia al Verbo eterno hecho carne en su seno virginal. Jesucristo le estará sometido hasta la muerte, y hasta la muerte de cruz. Tomará el parecer de su Madre en todo y para todo, siempre que su Padre no le exija de Él que obre de otra manera."

"Sin hablar de la Encarnación y del nacimiento

del Salvador, ya que ahí la participación activa de la Virgen es más que evidente, recorramos los diferentes misterios de su vida y de su muerte. Si huye a Egipto para sustraerse al furor envidioso de un rey cruel, es en brazos de María. Si Jesús recibe la adoración de los Magos, es sobre las rodillas de María. Si su sangre corre bajo el cuchillo de la circuncisión, María está allí también, aceptando con amor, por la salvación del género humano, la espada que a Ella misma le atraviesa. Cuando Jesús va a presentarse a su Padre, es María quien le lleva al Templo, quien le presenta al Sacerdote y se ofrece con Él al Señor. Los treinta primeros años de Jesús pasados en el silencio del recogimiento y de un trabajo oscuro se deslizan con María, quien comparte las alegrías, las penas y las oraciones de su Hijo. El primer milagro de Jesús se realiza por la solicitud de María y a petición suya. Y toda la vida evangélica es compartida por esa tierna Madre. Por doquiera María está con Jesús, asociada a sus trabajos, a sus privaciones y a los malos tratos que el pueblo le hace sufrir."

Así practicó Jesús su piedad filial para con su Santísima Madre, a lo divino, con esa generosidad espléndida, esa sumisión humilde, ese amor entrañable, esa estrechísima unión.

Efectos de la filiación mariana

Las funciones maternas de María tienden a formar otros Cristos. María nos lleva en el seno de su ternura maternal, dirige nuestra educación religiosa y llega a revestirnos de Cristo. "María... nos lleva siempre como niños pequeños en sus castas entrañas, hasta que, habiendo formado en nosotros los primeros rasgos de su Hijo, nos da a luz como a Él."

¿Qué medios emplea la Virgen Santísima para educarnos y revestirnos de Cristo? "En primer lugar —escribe el Padre Chaminade— la voz dulce y potente de sus ejemplos. Su vida es una predicación sencilla, elocuente, al alcance de todos. Copia fiel de su Hijo, ha reproducido todas sus virtudes y sentimientos. Si Ella, pues, ha podido, aún siendo criatura, y lo ha podido en un grado inefable por razón de sublime excelencia, hacerse conforme a Jesucristo modelo de todos los elegidos, también nosotros lo podremos, en la medida apropiada a nuestra debilidad, con tal de que queramos ser fieles."

"El segundo medio que María emplea para conducirnos a la vida de Jesucristo, según la voluntad

del Padre eterno es su mediación... desde la cuna hasta la tumba, en la infancia y en la vejez, en los días de gozo y en las noches de duelo, el hombre cristiano debe todo a María: gracia de bautismo y de educación religiosa, gracia de conversión o de perseverancia, gracia de fuerza y de valor en el combate, gracia de protección y de defensa en el ataque, gracia de refugio y de consuelo en la desgracia, gracia de consejo y de sabiduría en la elección de un estado de vida y en los negocios, gracia para hacer el bien y auyentar el mal. Todo lo que tiene por objeto el mantener y el avivar en nosotros la vida de Jesucristo nos viene de su ternura maternal."

Esto quiere decir que hemos de ponernos en la escuela de María, que hemos de vivir en su presencia, que hemos de ser fieles a sus inspiraciones, que hemos de confiarle nuestra persona y nuestro porvenir, que hemos de tratar de parecernos a Ella, que hemos de unirnos a Ella en todo: en nuestros trabajos, en nuestras oraciones, en nuestras tentaciones, en

nuestras aspiraciones; en todas las manifestaciones de nuestra vida interior.

Éste es el secreto del éxito. Así nos lo asegura el Padre Chaminade: "El verdadero secreto de acertar en sus trabajos, tanto en su propia perfección como en el sostenimiento de la religión y la propagación de la fe, se halla en interesar en todo ello a la Santísima Virgen, en referir a Ella toda la gloria, dentro de las miras y sentimientos de Nuestro Señor Jesucristo".

Por eso hablando del espíritu de la Compañía de María por él fundada lo resumirá en estas palabras: "Lo que considero como el carácter propio de nuestras Órdenes y que me parece sin ejemplo en las fundaciones conocidas, es que abrazamos la vida religiosa en su nombre y para su gloria, para consagrarnos a Ella en cuerpo y bienes, para hacerla conocer, amar y servir, plenamente convencidos de que no atraeremos las almas a Jesús sino por su Santísima Madre".

Un discípulo marianista

MARIA MADRE DE DIOS Y DE LOS HOMBRES

¿No es María Madre de Dios? Ella es por tanto también nuestra Madre?

Porque hay que sentar que Jesús, Verbo hecho carne, es a la vez el salvador del género humano. Pero en tanto que el hombre-Dios tiene un cuerpo como los otros hombres, como redentor de nuestra raza tiene un cuerpo espiritual o, como se dice, místico, que no es otro que el de la sociedad de los cristianos unidos a Él por la fe. *Muchos formamos en Cristo un cuerpo* (Rom. 12, 5). Pero la Virgen no concibió sólo al Hijo de Dios para que, recibiendo de Ella naturaleza humana, se hiciese hombre, sino también para que, mediante esta naturaleza recibida de Ella, fuese el salvador de los hombres. Lo cual explica las palabras de los ángeles a los pastores; *hoy os ha nacido un salvador, que es Cristo Señor* (Lc. 2, 11). También en el casto seno de la Virgen, donde Jesús tomó carne mortal, adquirió un cuerpo espiritual, formado por todos aquellos que *debían creer en Él*; y se puede decir que teninedo a Jesús en su seno, María llevaba

en él también a todos aquellos para quienes la vida del Salvador encerraba la vida. Por lo tanto todos los que estamos unidos a Cristo, somos, como dice el Apóstol: *miembros de su cuerpo, de su carne y de sus huesos* (Epr. 5, 30). Debemos decirnos originarios del seno de la Virgen, de donde salimos un día a semejanza de un cuerpo unido a su cabezal. Por esto somos llamados, en un sentido espiritual y místico, hijos de María, y Ella, por su parte, nuestra Madre común. *Madre espiritual sí, pero Madre realmente de los miembros de Cristo, que somos nosotros* (S. Agust., *De s. virginitate*, c. 6, n.º 6). Si, por lo tanto, la bienaventurada Virgen es, a la vez, Madre de Dios y de los hombres, ¿quién puede dudar que Ella emplea toda su influencia acerca de su Hijo, *cabeza del cuerpo de la Iglesia*. (Col. 1, 18), a fin de que derrame sobre nosotros, que somos sus miembros, los dones de su gracia, especialmente el de que le conozcamos y vivamos por Él?

(SAN Pío X, enc. *Ad diem illum*)



Oración de las tres de la Tarde

¡Oh Divino Jesús! Nos trasladamos en espíritu al monte Calvario para pedirnos perdón por nuestros pecados que son la causa de Vuestra muerte.

Os damos gracias, Señor, por haber pensado en nosotros en aquel momento solemne y habernos constituido hijos de vuestra propia Madre.

¡Virgen Santa! Mostraos nuestra Madre acogiéndonos bajo vuestra Maternal protección.

San Juan, sed nuestro Patrono y nuestro modelo y alcanzadnos la gracia de imitar vuestra piedad filial para con María, nuestra Madre. Amen.

El Padre, el Hijo y el Espíritu Santo sean glorificados en todas las partes por la Inmaculada Virgen María. Amen.

SANTA TERESA DE LISIEUX* Y LA MATERNIDAD DE MARIA



NTES de tomar la pluma me he arrodillado a los pies de la imagen de María, de esa imagen que tantas veces nos ha probado la predilección maternal de la Reina del Cielo por nuestra familia. Le he pedido que guíe mi mano, para no trazar ni una sola línea que no sea de su gusto.

A 2,8/H. A. I, 1 pág. 6

* * *

Por la tarde, fui yo la encargada de pronunciar el Acto de Consagración a la Santísima Virgen. Era justo que fuese yo —privada en tan tierna edad de la madre de la tierra— quien hablase en nombre de mis compañeras a la Madre del Cielo.

Puse todo mi corazón en las palabras, y me consagré a Ella como una hija que se arroja en los brazos de su madre pidiéndole protección. Creo que en aquel momento la Santísima Virgen hubo de mirar y sonreír invisiblemente a su Florecilla. ¿No la había Ella curado con una sonrisa visible? ¿No había depositado en el cáliz de su Florecilla a su Jesús, la Flor de los campos, el Lirio de los Valles?

A 35 v.º 9 - A 35 v.º 14/H. A. IV, 11 pág. 95

* * *

También la Santísima Virgen velaba sobre su Florecilla; y no queriendo verla manchada por el contacto de las cosas de la tierra, se la llevó a su Montaña antes aún de abrirse su corola.

En espera de tan dichoso momento, Teresita iba creciendo en el amor de su Madre del cielo. Para demostrarle este amor, hice en su obsequio algo que me costó mucho, y que voy a intentar referir en pocas palabras, aunque la cosa fue muy larga...

... Algún tiempo después de mi Primera Comunión la cinta de aspirante a las Hijas de María sustituyó a las de los Santos Ángeles. Pero abandoné la Abadía sin haber verificado el ingreso en la Asociación de la Santísima Virgen. Y luego ya no se permitía entrar en ella como antigua alumna por haber salido del colegio sin terminar mis estudios.

Confieso que no deseaba muy ardientemente dicho privilegio; pero pensando, que todas mis hermanas eran "Hijas de María", temía ser menos hija de mi Madre del cielo que ellas, y estaba dispuesta a pedir con gran humildad

* Textos tomados de sus escritos.

—a pesar de lo mucho que me costaba— el permiso necesario para ser recibida en la Asociación de la Abadía.

* * *

La primera profesora no se atrevió a negármelo; pero me puso como condición la asistencia al pensionado dos días a la semana, por la tarde, para comprobar si era o no digna de ser admitida.

Aquel permiso lejos de constituir un placer para mí, me costó muchísimo...

... ¡Ah! Sólo por la Santísima Virgen hacía yo el sacrificio de ir a la Abadía.

A veces me sentía sola, muy sola... ... Con frecuencia repetía estas palabras: ... "La vida es tu navío y no tu morada"... la imagen del navío tiene para mi alma un encanto especial, y la ayuda a soportar el destierro...

... Cuando pienso en estas cosas, mi alma se abisma en el infinito. Me parece estar ya tocando la ribera eterna. Se me figura estar recibiendo ya los brazos de Jesús.

Me imagino ver a mi Madre del cielo salirme al encuentro con papá, con mamá, con los cuatro angelitos.

Me parece, en fin, gozar ya para siempre de la verdadera, de la eterna vida de familia.

Pero antes de ver a la familia reunida en el hogar del Padre en el cielo, tenía que sufrir aún muchas separaciones.

El año mismo en que fui recibida por Hija de la Santísima Virgen, ésta me arrebató a mi querida María, el único sostén de mi alma.

Era María quién me guiaba, quién me consolaba, quién me ayudaba a practicar la virtud; era mi único oráculo.

A 40, 20 - A 41, 21/H. A. IV, 23-24-25 págs. 108-111

* * *

Llegados a París... En poco tiempo vimos todas las maravillas de la capital.

Por mi parte, sólo encontré una que me encantó, y fue: Nuestra Señora de las Victorias. ¡Ah! Me sería imposible decir lo que sentí a sus pies. Las gracias que ella me otorgó me conmovieron profundamente el alma que, como el día de mi Primera Comunión, sólo las lágrimas pudieron traducir mi dicha.

La Santísima Virgen me dio a entender claramente que había sido ella, en verdad, quien me había sonreído y curado. Comprendí que velaba, sobre mí, que yo era su hija y que, siendo así, no podía darle otro nombre que el de "mamá", pues me parecía aún más tierno que el de "madre".

¡Con cuánto fervor le rogué que me guardase siempre, y que realizase pronto mi sueño escondiéndome a la sombra de su manto virginal! ... ¡Ah! Éste había sido uno de mis primeros deseos infantiles. Luego, al crecer, había comprendido que en el Carmelo me sería verdaderamente posible hallar el manto de la Virgen, y hacia la fértil Montaña volaron desde entonces todos mis pensamientos.

Supliqué también a Nuestra Señora de las Victorias que alejase de mí todo lo que pudiese empeñar mi pureza. No ignoraba que en un viaje como el

de Italia hallaría muchas cosas capaces de turbarme. Sobre todo, porque no conociendo aún el mal, temía descubrirlo. No haba comprobado aún que todo es puro para los puros, y que un alma sencilla y recta en ninguna parte encuentra el mal, puesto que, verdaderamente, el mal no existe más que en los corazones impuros y no en los objetos insensibles.

A 56 v.º 23/H. A. VI, 3 págs. 160-61

* * *

¡Oh! Soy demasiado pequeña para no sentir ahora vanidad. Soy demasiado pequeña también para tergiversar bellamente las frases a fin de haceros creer que tengo mucha humildad.

Prefiero convenir con sencillez en que el Todopoderoso ha obrado grandes cosas en el alma de la hija de su divina Madre; y la más grande de todas es precisamente la de haberle dado a conocer a su pequeñez y su impotencia.

C 4, 22/H. A. IX, 8 pág. 278

* * *

Lo que me cuesta en gran manera, más que ponerme un instrumento de penitencia, es únicamente —y me da vergüenza confesarlo— el rezo del rosario... Reconozco que lo rezo muy mal. En vano me esfuerzo por meditar los misterios del rosario; no consigo fijar la atención.

Durante mucho tiempo estuve desolada ante esta falta de devoción, que me sorprendía, pues amando tanto a la Santísima Virgen, me debiera resultar más fácil rezar en su honor oraciones que tanto le agradaban. Al presente me desconsuelo menos, pues pienso que la Reina de los cielos, siendo mi Madre, ha de ver mi buena voluntad y contentarse con ella.

C 25 v.º 13/H. A. X, 19 pág. 325

* * *

La Santísima Virgen me demuestra claramente no estar enfadada conmigo, pues nunca deja de protegerme inmediatamente que la invoco. Si me sobreviene una inquietud cualquiera, un apuro, en seguida recurro a ella, y siempre se hace cargo de mis intereses como la más tierna de las madres.

C. 25 v.º 23/H. A. X, 19 pág. 325

* * *

Entretanto la Santísima Virgen me ayudó a preparar el vestido de mi alma. Y cuando estuvo acabado, los obstáculos desaparecieron por sí mismos. Monseñor me envió el permiso que había solicitado. La Comunidad tuvo a bien aprobarme, y mi profesión quedó fijada para el 8 de septiembre...

... Aquel dichoso día pasó, como pasan los tristes pues aún los más radiantes tienen su mañana. Pero deposité sin tristeza mi corona a los pies de la

Santísima Virgen. Estaba segura de que el tiempo no sería capaz de arrebatarme mi felicidad.

¡Qué bella fiesta la Natividad de María para convertirme en Esposa de Jesús! Era la pequeña Virgen, niña de un día, la que presentaba su pequeña Flor a su pequeño Jesús...

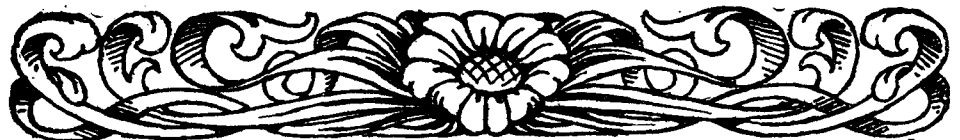
... Ocho das después de la Imposición del Velo se verificó el casamiento de Juana...

... Me entretuve componiendo una Carta-Invitación, para compararla con la suya. He aquí los términos en que estaba concebida:

CARTA-INVITACIÓN PARA LAS BODAS
DE SOR TERESA DEL NIÑO JESÚS Y DE
LA SANTA FAZ

El Dios Todopoderoso, Criador del cielo y de la tierra, soberano Dominador del mundo, y la muy gloriosa Virgen María, Reina de la corte celestial, tienen a bien participaros el casamiento de su augusto Hijo, Jesús, Rey de reyes y Señor de señores, con Teresita Martín, ahora Señora y Princesa de los reinos aportados en dote por su divino Esposo a saber: la Infancia de Jesús y su Pasión. Siendo sus títulos de nobleza: del Niño Jesús y de la Santa Faz.

El Señor Luis Martín, Propietario y Dueño de los Señoríos del Sufrimiento y de la Humillación, y la Señora de Martín, Princesa y Dama de Honor de la corte celestial, tienen el honor de participaros el casamiento de su hija Teresa, con Jesús, el Verbo de Dios, segunda Persona de la Adorable Trinidad, que, por la operación del Espíritu Santo, se hizo Hombre e Hijo de María, la Reina de los cielos.



PERQUÈ T'ESTIM, O MARIA

Poesia de Sta. Teresita del Niño Jesús, traducida
per la poetisa María Antonia Salvá.

*Quan l'Angel del Senyor t'ofrena el gran Misteri
de ser Mare de Déu per una eternitat,
t'he vista preferir al ceptre de l'Imperi
celestial, el llir de la virginitat.*

*La teva ànima aixís, o Verge Immaculada,
era més grata a Déu que en fou l'Inspirador,
i el teu ésser talment com vall humiliada,
pogué acollir Jesús, que és Ocedà d'amor.*

*Jo t'am tantost et sent anomenar-te esclava
del Déu Totpoderós qui tan humil et féu.
Ta fonda humilitat l'Amor etern robava,
per ella vingué a Tu la Trinitat de Déu.
Llavors—l'Esperit Sant cobrint-te amb la seva ombra—
el Fill del Pare etern en Tu s'és encarnat.
Dels pecadors germans ben gran ha d'ésser el nombre,
car hom dirà al teu Fill Jesús ton primer nat.*

*Maria, Tu bé saps que dins ma petitesa
puc posseir també el Déu tres voltes Sant.
Mes, ah! jo no tremol de veure ma feblesa
car el matern tresor pertany també a l'infant...
I essent ta filla jo, o Mare dolça i pia!
no és ver que amb tes virtuts em vens a enjoiellar?
Així quan a mon cor ve l'Hòstia cada dia,
Jesús, ton dolç Anyell, en Tu creu reposar.*

*Tu me l'has fet sentir: amb Tu no és impossible,
o Reina, caminar vers les excelsituds.
L'estret camí del cel Tu l'has mostrat visible
si practiquem constants les més humils virtuts.
Maria, al teu costat em plau restar petita;
de les grandors del món conec la vanitat;
i prop d'Elisabeth, honrada amb ta visita,
aprenc a practicar la intensa caritat.*

*Allà de genollons sent com a Déu es llança
ton càntic sacrosant, Regina dels cantors!
Allà apreng a cantar la divinal lloança
"glorificant, Jesús, mon únic Salvador."
Tos mots d'amor allà són perfumades roses
qui deuen embaumar els segles a venir.
"En Tu l'Omnipotent ha fetes magnes coses"
que jo vull meditar, lloar i beneir.*

*Maria, Tu m'apars, del mont Calvari en l'ara,
dreta al peu de la Creu, un sacerdot fidel
oferint, per calmar la justícia del Pare,
ton ben amat Jesús, el dolç Emmanuel.
Un Profeta ho ha dit, o Mare desolada!
que enlloc no hi ha dolor semblant a ton dolor;
i per nosaltres Tu, restant exiliada,
has prodigat a doll la sang del cor, l'amor!*

*La casa de Joan t'acull, i sa persona:
el fill del Zebedeu ha reemplaçat Jesús!
És el darrer detall que l'Evangelí ens dóna
i de Maria Verge no conta ja res pus.
mes son silenci greu, o Mare beneïda,
¿no diu que el Verb etern, el teu Jesús fidel,
cantar vol el secret de ta inefable vida
per abellir tos fills, els elegits del cel?*

*Ben tost t'escollaré, dolcíssima harmonia!
Ben tost a ton bell cel, o Mare, esper anar.
Tu qui em somreies dolça en començar ma via,
somriu-me encara avui... la tarda arriba ja!
No temo el clar immens de ta suprema glòria;
amb Tu sempre he sofert, ho saps, i t'estim tant!...
Aquí cantar-te vull la teva bella història
i allà dir-te que som ta filla, ton infant!*

Darrera poesia de la santa.

Maig, 1897.

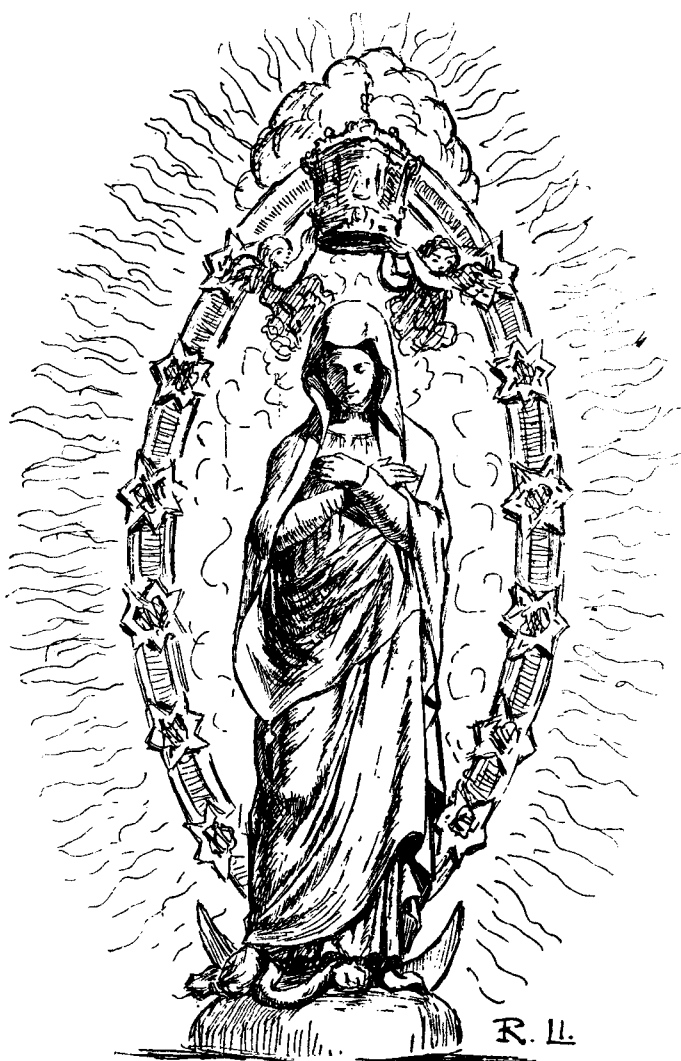
EL PAPA PIO XI Y LA MATERNIDAD DE MARIA

Pero en el oficio de la maternidad de María hay también, venerables hermanos, otra cosa que juzgamos se debe recordar y que encierra, ciertamente, mayor dulzura y suavidad. Y es que, habiendo María dado a luz al Redentor del género humano, es también Madre benignísima de todos nosotros, a quienes Cristo Nuestro Señor quiso tener por hermanos (Rom. 8, 29).

Porque como dice nuestro predecesor, de feliz memoria León XIII, así quiso Dios darnos a María cuando por lo mismo que la eligió para Madre de su Unigénito, le infundió sentimientos de madre, que sólo respiran amor y perdón; así nos la mostró Jesucristo con sus obras cuando quiso de buen grado estar sujeto y obedecer a María como un hijo; así nos la señaló desde la cruz cuando, en la persona de su discípulo Juan, le encomendó el cuidado y patrocinio de todo el género humano; así, finalmente, se nos dio Ella misma cuando, recogiendo con magnánimo corazón aquella herencia de tan inmenso trabajo que su Hijo moribundo le dejaba, comenzó al punto a ejercer con todos su oficio de madre (Enc. Octobri mense, Pío XI, 22 de septiembre de 1891).

De aquí es de donde nace que nos sintamos atraídos por Ella por cierto incoercible impulso, y a Ella confiamos todas nuestras cosas: nuestro gozo si estamos alegre; nuestras penas si padecemos; nuestras esperanzas, si al fin nos esforzamos por elevarnos a cosas mejores. De aquí que, si sobrevienen días difíciles a la Iglesia, si la fe se apaga por haberse enfriado la caridad, si se relajan las costumbres públicas y privadas, si algún peligro amenaza al catolicismo o a la sociedad civil, acudamos suplicantes a Ella, demandando su celestial auxilio. De aquí, en fin, que en el peligro supremo de la muerte, cuando en ninguna otra parte hallamos esperanzas y ayuda, levantemos a Ella nuestras manos temblorosas y nuestros ojos llenos de lágrimas, pidiendo por medio de Ella el perdón de su Hijo y la eterna felicidad en el cielo.

Acudan, pues, todos a Ella con el más encendido amor en las necesidades que actualmente padecemos, y pídanla con apremiantes súplicas que interceda con su Hijo para que las naciones extraviadas tornen a la observancia de las leyes y preceptos cristianos, en



los cuales se asienta el fundamento del bienestar público y de los cuales mana la abundancia de la deseada paz y de la verdadera felicidad. Ruéguenla, con tanta mayor instancia cuanto más debe ser el deseo mayor de los buenos que la santa madre Iglesia goce tranquilamente de su libertad, la cual no destina Ella a otra cosa que a la tutela de los supremos intereses del hombre, y de la cual ni los individuos ni los Estados recibieron jamás ningún daño, antes reportaron en todo tiempo los mayores y más inestimables beneficios" (Enc. Octobri mense, 22 de septiembre de 1891).

SOBRE EL MES DE MAYO*

Esta fervorosa y preciosísima Exhortación Pastoral, escrita cuando empezaba a arreciar en España la persecución religiosa, es un documento que por sí solo manifiesta el grandísimo amor que el Prelado barcelonés, su autor, profesaba a la Santísima Virgen. ¡De cuánta utilidad servirá a los que la lean y la mediten seriamente!

Venerables Hermanos y Amados Hijos: La Iglesia Católica ha honrado siempre con su culto especial a la Virgen María, Madre de Jesucristo, su Divino Fundador; y la devoción mariana se ha considerado también siempre como una de las más bellas características del verdadero católico.

Por eso España, nación eminentemente católica, virgen en la fe, ha sobresalido entre todas por su devoción ardiente, generosa, hacia la Santísima Virgen; de tal suerte, que esa devoción es como el alma de su historia, el aliento de sus más heroicas empresas, inspiración de sus genios, rica herencia, que se transmite de padre a hijos, formando el más preciado patrimonio de cada hogar.

Por el contrario, los enemigos de la Iglesia Católica han sido también siempre enemigos de la Virgen Soberana, negando o rebajando sus excelsas prerrogativas, condenando la devoción tierna y confiada, que los fieles sienten hacia Ella y ridiculizando las prácticas piadosas con que la obsequian. Bien se descubre en esto el espíritu que anima a los impíos y herejes: es el Espíritu de Satanás, enemigo eterno de Aquélla, que aplastó su cabeza.

¿Cómo extrañar por tanto, que, en medio de esta persecución satánica desencadenada contra la Santa Iglesia en nuestra Patria, se haya recrudecido la campaña de blasfemias y ultrajes contra la Virgen María, viéndose profanados sus templos y ermitas, y sus estatuas descapitadas o quemadas o arrojadas a los barrancos? Y ¿cómo no alarmarnos y prevenimos contra otro mal, todavía más funesto, cual es, el empeño porfiado del laicismo en desterrar de la sociedad a Jesucristo con su Madre, prohibiendo la enseñanza católica en las escuelas nacionales y las dulces plegarias, con que los niños acostumbraban honrar a esa Madre divina, que también es Madre suya espiritual, como antes se les decía, pero desde ahora no se les dirá, y muchísimos de esos pobres niños no sabrán que tienen esa Madre bonísima y poderosísima en el Cielo y no la amarán y no la invocarán?

Deber nuestro es oponernos con todas nuestras fuerzas a esos afanes del infierno, fomentando más y más entre los fieles el conocimiento y amor de la San-

tísima Virgen; y al cumplimiento de ese sagrado y dulce deber van encaminadas estas líneas, con motivo del mes de mayo, consagrado a María.

LA DEVOCIÓN A LA VIRGEN MARÍA

La Virgen María es la criatura más perfecta, más hermosa, más santa y amable de todas, exceptuando solamente la Sagrada Humanidad de Nuestro Señor Jesucristo. Dios puso en Ella la hermosura de todo el universo (Bern.); la hizo incomparablemente más gloriosa que los Serafines (Crisóst.). Los Santos Padres la llaman "honor de la raza humana" (íd.), "la perla del universo" (S. Ciril.), "abismo de milagros" (Damasc.), "prodigio celestial y santísimo espectáculo" (S. Ign. M.). Cielo vivo, más grande que los mismos cielos, complemento universal de la Santísima Trinidad" (Hesiq.). Y al darle estos títulos tan gloriosos, los Santos Padres no exageran porque la Virgen María es Madre de Dios, y este es un título superior a todas las dignidades posibles, como el Cielo es superior a la tierra. "No puede haber creación más grande que la de la Bienaventurada Virgen, porque es Madre de Dios", dice Santo Tomás. "Ella es la obra maestra de Dios" (Bernardo), "en la cual agotó su sabiduría, su poder y sus riquezas" (San Agust.). "Una sola cosa sobrepuja a esa obra de Dios, el «obrero», que es el mismo Dios" (Damián). "¡Oh maravilla de maravillas! —exclama San Anselmo—. ¡En qué altura tan sublime contemplo a María! Nada hay igual a María; sólo Dios es más grande que María".

La Virgen María es Madre nuestra espiritual; porque siendo Ella Madre de Jesucristo, cabeza del cuerpo místico, debía ser también Madre de los hombres, que somos sus miembros, "que las madres no forman cabezas sin miembros, ni miembros sin cabeza" (Grign.). Ya era María madre nuestra en virtud de la Encarnación del Verbo; pero Jesucristo, pendiente de la Cruz, quiso proclamarla oficialmente, solemnemente, con palabras clarísimas de infinita ternura: "He ahí a tu hijo, he ahí a tu madre". Y desde entonces no ha cesado esa Madre de amarnos con un amor tan ardiente, que en su comparación son hielo los amores de todas las madres juntas.

La Virgen María es nuestra Bienhechora: todo

* "Documentos Pastorales" del Obispo mártir Dr. Irurita.

cuanto de bueno tenemos, a Ella se lo debemos, y todo cuanto nos falta, de Ella solamente nos puede venir, porque como dice San Bernardo: "Dios ha querido que todo pasara por manos de María". La Iglesia la saluda con los dulcísimos títulos de *Consuelo de los afligidos*, *Salud de los enfermos*, *Abogada de los pecadores*, *Medianera universal*, *Vida*, *dulzura* y *esperanza nuestra*.

Finalmente, la devoción a María es una señal cierta de predestinación, así como el desprecio a María es una señal y causa de reprobación. "Nadie se salva sino por ti, oh Virgen Santísima", le dice San Germán. Y San Buenaventura: "Se salvará el que tú quieras; y aquél, de quien apartes tu rostro, irá al suplicio eterno".

Siendo esto así, ¿quién no será devoto de esa Virgen, llena de gracia, bendita entre todas las mujeres, "Madre de Dios y nuestra, Madre amantísima de todos nosotros" (Pío IX), acueducto de todas las gracias y mercedes, que nos vienen de lo Alto, Puerta del Cielo, por la cual solamente es dado entrar en la mansión de las eternas delicias? Solía decir el Beato Maestro de Ávila: "mas querría estar sin pellejo, que sin devoción a María".

LA VIRGEN MARÍA NOS SALVARÁ

Porque es Madre de Dios, la Virgen todo lo puede; "su Hijo muy amado le ha dado todo poder, así en el Cielo como en la tierra" (S. Fr. de Sales). Porque es Madre nuestra, nos ama inefablemente y está siempre dispuesta a usar de su inmenso poder para favorecerarnos.

Ella ahuyentó de nuestro suelo las torpezas y liviandades de la idolatría; y ahora pondrá también en huida este neopaganismo, que nos envuelve, amenazando con atollarnos y ahogarnos en el fango de la

sensualidad. El amor a María en el escudo contra la impureza; el joven, devoto de la Virgen, triunfará de la carne; la mujer que viste el escapulario, se vencerá, por fin, de que el escapulario está reñido con ciertas modas indecentes.

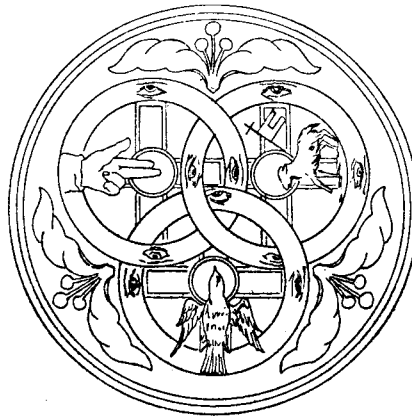
Ella sola ha destruido todas las herejías en el universo mundo, como canta la Iglesia; y ahora también su devoción, bien practicada, será un medio muy eficaz para inmunizar a los pueblos contra el contagio del error y, de un modo especial, contra la propaganda protestante.

Ella libró a nuestros padres de la coyunda ominosa de la Media Luna, eclipsándola para siempre en el horizonte español; también ahora nos librerá a nosotros del poder de las tinieblas, que pretende esclavizarnos con leyes injustas y masónicas, para precipitarnos finalmente por los despeñaderos del infierno.

Ella, la abanderada de Cristo-Rey, atraerá y alinearán en torno suyo a todos los buenos, unidos en apretado haz, persuadiéndoles a que subordinen a la causa católica todos los demás ideales secundarios, por legítimos que sean. Y luchando con denuedo y perseverancia, triunfaremos. Porque María es la torre inexpugnable de David, coronada de almenas, donde están colgados mil escudos y todas las armas de los fuertes (Cant., IV, 4); es terrible como un ejército dispuesto en batalla (Íd., VI, 9), cuyo triunfo anunció y cantó el Eterno, al anunciarse el combate en el Edén.

A Jesús por María. Para acelerar el advenimiento del Reinado del Sagrado Corazón de Jesús en nuestra Patria, procuremos que reine María en nuestras almas, en nuestros hoagres, en las costumbres públicas: "Ut adveniat regnum Jesu, adveniat regnum Mariae".

Barcelona, 27 de abril de 1932, festividad de la Virgen de Montserrat.



MARITAIN

EL HUMANISMO INTEGRAL *

*La desdicha del humanismo clásico
no es el haber sido humanismo
sino el haber sido antropocéntrico*

Llegamos ahora al tercer problema, al problema de la actitud práctica de la criatura ante su destino.

¿Cuál es esta actitud en la época que siguió al Renacimiento y a la Reforma? Podemos comprobar entonces una gran influencia de las dos actitudes pesimista y optimista simultáneas, y prevaleciendo lógicamente la segunda.

Por un rodeo dialéctico imprevisto, la concepción ultrapesimista que Calvino y Jansenio se formaban de la naturaleza humana había de conducir también a una posición antropocéntrica.

El pesimismo en efecto desprende la criatura de todo vínculo con un orden superior. Y entonces, como es preciso vivir bien, la criatura busca su conveniencia y se convierte en centro, en un orden inferior a sí mismo.

Este fenómeno se ha hecho sensible hasta en la esfera religiosa con el protestantismo liberal del siglo XIX.

En cuanto a la actitud práctica de los hombres del Renacimiento, no ha empezado, ni mucho menos, por una ruptura con el cristianismo. Como el pesimismo de los Reformadores hipertrofia la noción cristiana del pecado original, el optimismo del Renacimiento, hipertrofia también, una noción cristiana, pero contraria, la convicción del valor de este ser humano que es la viva imagen de Dios. El sentido de la abundancia del ser, el goce del conocimiento del mundo y de la libertad y el impulso hacia el descubrimiento científico, el entusiasmo creador y el deleite de la belleza de las formas sensibles se manifiestan en tiempo del Renacimiento de manantiales inextricablemente naturales y cristianas. Es una especie de euforia que se apodera entonces del hombre; se vuelve hacia los documentos de la antigüedad pagana con una fiebre que los paganos no habían conocido; cree poder abrazar la totalidad de él mismo y de la vida, sin tener nece-

sidad de pasar por el camino del despojo interior; quiere el goce sin ascesis; esto es querer dar fruto sin ser podado, ni vivificado en su savia por aquél cuya gracia y dones pueden únicamente divinizar al hombre. Así todo debe terminar en la escisión antropocéntrica.

Así, de un modo general, el esfuerzo de la edad de cultura de que hablamos ha tendido hacia esa rehabilitación de la criatura del que se ocupaba en todo momento, pero hacia una rehabilitación de la criatura replegándose sobre sí misma y como separada de su principio vivificador y trascendente.

Con el Renacimiento, es el grito de su grandeza y de su belleza que eleva hacia el cielo; con la Reforma, el grito de su angustia y de su miseria. En todos los aspectos la criatura pide, ya sea gimiendo, ya rebelándose, ser rehabilitada.

Pero, considerada en sí misma, y abstracción hecha del modo de aberración que ha tomado, ¿qué significa esta reivindicación? La criatura reivindica el derecho de ser amada.

Y Dios, cuyo amor, según la palabra de Tomás de Aquino, infunde y crea la bondad en las cosas. Dios pudo haber hecho la criatura sin hacerla digna de ser amada? Yo no digo preferida... Considerada en esta pura línea formal, tal reivindicación es conforme a las leyes del desarrollo de la historia.

Una cierta exigencia divina trabaja de este modo la época moderna. Decimos que se trata de una toma de conciencia de un descubrimiento práctico de la dignidad propia de lo que está escondido en el misterio del ser humano.

Muchos progresos han sido realizados así, concierne antes que todo al mundo de la reflexión, y de la *toma de conciencia de sí*, descubriendo, a veces, a la ciencia, al arte, a la poesía, a las pasiones mismas del hombre y a sus vicios su espiritualidad propia. La ciencia emprende la conquista de la naturaleza creada, el alma humana se hace un universo de su subjetividad, el mundo profano se diferencia según su ley propia, la criatura se conoce. Y tal proceso tomado en sí mismo es normal.

La desdicha de la historia moderna ha sido que

* Fragmentos de la obra *El humanismo integral* de J. Maritain, Aubier, ed. Montaigne, 1936.

todo este proceso ha sido regido por un espíritu antropocéntrico, por una concepción naturalista del hombre y una concepción sea calvinista, sea moli-

Humanismo teocéntrico y humanismo antropocéntrico

dedican a dispersarlo a los cuatro vientos; benditos sean los otros. Recordemos aquí que los obispos no son únicamente Pastores, o más bien que esa misión les exige el que sean también doctores de la fe. Es normal que se rodeen de expertos en teología, pero también es normal que no se fien demasiado. Los expertos son informadores útiles y necesarios, no valen gran cosa como consejeros, no valen nada si pretenden erigirse ellos mismos en doctores.

La palabra *ecumenismo* es una palabra santa y venerable; no es culpa suya, si, traicionando el pensamiento del Concilio muchos incompetentes estimulados por un pequeño número de pensadores de vanguardia (perdón, debiera decir carismáticos) llaman hoy ecumenismo a la búsqueda de un universalismo de mala calidad, cuya primera condición es la indiferencia con respecto a la verdad: siendo la idea la de unir a todos los cristianos a pesar de sus disidencias —y a todos los hombres a pesar de la diversidad de sus creencias— en una misma Iglesia “reuniéndolos” en nombre de Jesús para llevarlos a nuestra plenitud final en la tierra” sin que se sepa en qué consiste ni lo uno ni lo otro.

Es evidente que no podría concebirse una asam-

blea ecuménica como asamblea de una especie de consejo de administración, cuyos miembros representan y defienden intereses diversos y se ponen de acuerdo mediante concesiones y vías de compromiso mutuas. La verdad de la revelación divina no se halla repartida en cuestiones teniendo cada confesión cristiana el depósito de algunas de ellas, de forma que la unidad sea realizada mediante la unión de esas distintas porciones en un único todo. El todo ya está ahí, en la Iglesia una, santa, católica y apostólica.

... María siendo la Madre de la Iglesia y llevándola por así decirlo en sus entrañas como llevó a Jesús, por medio de Ella es como Dios y Cristo glorioso hacen pasar instrumentalmente todos los dones y todas las gracias con las que alimentan a la Iglesia.

Convirtiéndose así la Virgen, mediante la acción divina, el algo inmanente a la personalidad de la Iglesia, no hay nada en ésta que no esté en primer lugar en María. ¿No ha sido María ella sola, al pie de la cruz, el tipo y figura de la Iglesia, o más bien, en aquel momento la misma Iglesia? Por la instrumentalidad de María, la Iglesia, la Iglesia de Cristo venido, es santa y llena de gracia en el cielo y en la tierra, y en la tierra su santidad y su plenitud de gracia aumentan hasta el último día.

S U M A R I O

MARÍA MADRE DE LA IGLESIA, Himno incomparable de alabanzas en honor a María, Paulo VI.

UN APÓSTOL DE LA MATERNIDAD ESPIRITUAL DE MARÍA, Luis Comas Zabala.

MI IDEAL JESÚS HIJO DE MARÍA, Un discípulo marianista.

ORACIÓN DE LAS TRES.

SANTA TERESA DE LISIEUX Y LA MATERNIDAD DE MARÍA, Frag. de sus escritos.

PERQUÉ TESTIM, O MARIA, de Santa Teresa de Lisieux.

EL PAPA PÍO XI Y LA MATERNIDAD DE MARÍA (Enc. *Lux veritatis*)

SOBRE EL MES DE MAYO, Doc. Pastoral del Obispo mártir Manuel Irurita Almandoz.

MARITAIN, sobre el Humanismo clásico y otros fragmentos de sus obras.

UN “AGGIORNAMENTO” MAL ENTENDIDO Y PEOR REALIZADO, Roberto Cayuela, S. I.

AL MEDIO SIGLO - 1917 EN LA TEOLOGÍA DE LA HISTORIA - 1918 EL DERRUMBAMIENTO DE LOS IMPERIOS CENTRALES. EL ARMISTICIO, Luis Creus Vidal.

MONSEÑOR CASTÁN APRUEBA EL LIBRO DEL P. IGARTUA, S. I., SOBRE DIEZ ALEGRIA.



Año XXX - NUMERO 507
 BARCELONA
 MAYO 1973
 Depósito legal: B. 15860 - 1958

ADMINISTRACION: Lauria, 15, 3.º-(10)
 Teléfono 221 27 75

Director: Fernando Serrano Misas

UN «AGGIORNAMENTO» MAL ENTENDIDO Y PEOR REALIZADO



El Papa Juan XXIII iniciador del "aggiornamento".

No; no es esto lo que con tan recta intención y con tan excelente voluntad promovió e inició aquel Papa que por haber sido la personificación de la bondad más atrayente y encantadora, ha sido llamado "el Papa bueno", Juan XXIII. Así se oye decir por todas partes. Y se añade:

No es de ninguna manera lo que ahora vemos, palpamos, y nos duele en la entraña de nuestra alma cristiana, aquel "aggiornamento" de la Iglesia y de su Pastoral en todos los órdenes que, siguiendo la iniciativa de Juan XXIII, estableció, con sus enseñanzas y sus normas, el Concilio Vaticano II.

Lo que el Papa y el Concilio pretendieron estaba en la línea más recta y pura de lo que en tantas oca-

siones enseñaron los Santos Padres, por ejemplo, y entre todos, San Agustín, al que se le ha designado con el título de "el Santo de los tiempos nuevos"; y realizaron los más insignes Sumos Pontífices, como San León Magno, San Gregorio Magno, San Gregorio VII, y otros. El pensamiento y la obra de ellos era siempre no sólo transmitir con enseñanza viva y fide- lísima la verdad revelada por Dios en la Sagrada Escritura y en la Tradición Apostólica; sino también aplicar, adaptar, poner al día el depósito de las divinas enseñanzas y de los divinos preceptos a las necesidades, circunstancias y problemas de sus respec- tivos tiempos.

No fue otro el intento de Juan XXIII y del Con-

cilio Vaticano II para los tiempos actuales; no fue otra cosa lo que promovieron.

Pero ahora vivimos la triste realidad de que aquel "aggiornamento" se está entendiendo mal y se está realizando peor.

Será, pues, oportuno volver los ojos al sentido verdadero que dieron al "aggiornamento" el que lo inició, Juan XXIII, y el Concilio que lo realizó; y que es el mismísimo sentido que tan clara y reiteradamente le sigue dando el Papa Pablo VI; reunir, después,

varias de las graves denuncias con que el mismo Pablo VI nos pone sobre aviso contra el falso "aggiornamento"; y terminar indicando las causas de esta lamentable desviación y aun perversión, que estamos padeciendo, de lo que en un principio fue tan luminosamente claro y tan seguramente recto.

Mas antes es de advertir que la palabra italiana "aggiornamento" no tiene en castellano una palabra que le corresponda; hay que traducirla por un circunloquio; y el más usado es "puesta al día".

I - EL SENTIDO DEL VERDADERO «AGGIORNAMENTO»

En la magnífica Alocución con que S. S. el Papa Juan XXIII inauguró el Concilio Vaticano II, en su primera solemne Sesión, del día 11 de octubre de 1962, festividad entonces de la Maternidad de la Santísima Virgen María, dio claramente la pauta de la labor que había de ser propia y peculiar del Concilio; pues manifestó abiertamente que todo él había de tener el carácter de un Magisterio prevalentemente *pastoral*.

Y por eso, al llegar al punto importantísimo de cómo se debía proponer la doctrina católica en nuestros días, para que el Concilio lo tratase y lo promulgase, dijo resueltamente:

"El Concilio Ecuménico XXI quiere transmitir la doctrina católica, y trasmitirla íntegra, no disminuida, no deformada... Esto no a todos, ciertamente, les es grato; pero aun así, se ha de proponer toda la doctrina católica, y en dicha forma, como un ubérrimo tesoro, a cuantos estén dotados de buena voluntad.

"Con todo, lo que nos incumbe no es tan sólo custodiar este tesoro, como si únicamente nos dedicásemos a estudiar la antigüedad; sino que hemos de insistir ahora, y animosos, sin temor, en lo que exige nuestra edad, continuando el camino que desde hace veinte siglos ha hecho la Iglesia.

"Ni nuestra labor, cuanto al fin primario, tiene por objeto discutir, acerca de algunos capítulos principales de la doctrina eclesiástica; ni, por lo mismo, repetir difusamente lo que nos han trasmitido los Padres y los Teólogos, antiguos y modernos.

"Porque, a la verdad, para tener tan sólo estas controversias, no era cosa de haber convocado un Concilio Ecuménico. En cambio, lo realmente necesario, al presente, es que toda la doctrina cristiana, sin que de ella se quite parte ninguna, sea recibida en nuestros tiempos con una renovada adhesión de todos, en la serenidad y tranquilidad de las mentes; y que al

ser transmitida en su integridad, lo sea con la precisión de términos y claridad de conceptos que es gloria particularmente de los Concilios Tridentino y Vaticano I.

"Es necesario que, según lo desean ardientemente todos los sinceros promotores del espíritu cristiano, católico y apostólico, sea conocida más amplia y profundamente la misma doctrina, y de ella se penetren más ampliamente las mentes, y con ella se formen mejor las almas.

"Es necesario que esta doctrina, cierta e inmutable, a la cual se debe prestar el obsequio de la fe, se investigue y se proponga en la forma que piden nuestros tiempos. Porque una cosa es el depósito mismo de la Fe, o sea el conjunto de las verdades que se contienen en las Fuentes de la divina Revelación; y otra cosa distinta es el modo con que esas verdades sean enunciadas, aunque siempre en el mismo sentido y en la misma sentencia.

"A este modo de proponer la doctrina católica hay que darle mucha importancia; y cuando fuere preciso, hay que trabajar en ello pacientemente; es decir, que se han de indagar y presentar aquellas maneras de exponer las cosas que más se conformen con un Magisterio cuya índole prevalente sea *pastoral*" (A.A.S., 1962, págs. 791-792).

Tal era y no otro el pensamiento de Juan XXIII, al proclamar un "aggiornamento" necesario, pro recto y prudente, en lo que concierne a lo que es primordial misión de la Iglesia: transmitir la verdadera doctrina de Cristo, enseñándola en su verdadero sentido, con la asistencia que tiene del Espíritu Santo, para no errar nunca en ello.

Y el Concilio Vaticano II, siguiendo fielmente las consignas de Juan XXIII, promovió el mismo necesario y rectísimo "aggiornamento"; y no tan sólo en la trasmisión de la doctrina de la fe, sino también en

todas las actividades de la Iglesia; en el ministerio de los Obispos y Presbíteros; en el apostolado de los seglares; en la acción misionera; en el Ecumenismo.

He aquí, para citar un ejemplo, cómo entendió el Concilio, y en qué forma clara y precisa estableció la verdadera “puesta al día” de la Sagrada Liturgia. Dice así: “Este Sacrosanto Concilio se propone acrecentar de día en día entre los fieles la vida cristiana; adaptar mejor a las necesidades de nuestro tiempo las instituciones que están sujetas a cambio; promover todo aquello que puede contribuir a la unión de cuantos creen en Jesucristo; y fortalecer lo que sirve para invitar a todos los hombres al seno de la Iglesia. Por eso, cree que le corresponde de un modo particular proveer a la reforma y al fomento de la Liturgia” (Sac. Conc., n. 1).

Por su parte, el Papa Pablo VI no cesa de manifestar paladinamente que es idéntico su parecer y su intento sobre la “puesta al día” de las enseñanzas y de las actividades de la Iglesia; y esto, “para un avance siempre adelante en la penetración doctrinal y en la formación de las conciencias, que esté en más perfecta consonancia y correspondencia con la fidelidad a la

auténtica doctrina católica; y que sea estudiada y propuesta en conformidad con los métodos de investigación y con la expresión literaria que exige el pensamiento moderno”; pues así lo dijo en su Alocución de la Audiencia general de 30 de septiembre de 1970.

Aún más expresamente nos ha dado Pablo VI el sentido genuino del “aggiornamento” que quiere la Iglesia, con estas clarísimas palabras:

“En éste el período del verdadero *aggiornamento*, preconizado por nuestro predecesor, de venerada memoria, Juan XXIII; el cual ciertamente no quería atribuir en forma alguna a esta pragmática palabra el significado que ahora algunos intentan darle; como si esta *puesta al día* consistiera en *relativizar*, según el espíritu del mundo, todas las cosas de la Iglesia: dogmas, leyes, estructuras, tradiciones; siendo así que estuvo en él tan vivo y firme el sentido de la estabilidad doctrinal y estructural de la Iglesia, que lo constituyó en eje de su pensamiento y de su obra. *Aggiornamento* querrá decir, de ahora en adelante, la sabia penetración del espíritu del Concilio que hemos celebrado, y la aplicación fiel de sus normas, feliz y santamente emanadas” (Aloc. 18 de noviembre 1965).

II - ALGUNAS DENUNCIAS DE PAULO VI SOBRE LA PERVERSION DEL AUTENTICO «AGGIORNAMENTO»

El texto que acabamos de citar es ya una denuncia de esta perversión; pero se refiere en ella el Papa al pensamiento e iniciativa de Juan XXIII; las denuncias, que entre otras muchas vamos a aducir, conciernen a lo que el Concilio pensó, quiso e hizo en orden al verdadero “aggiornamento”.

a) La primera de estas denuncias, en la que Pablo VI ha insistido tantas veces, es hacernos ver lo falso y abusivo de la interpretación que muchos dan al Concilio Vaticano II, pretendiendo que fue una *ruptura* con el pasado; una *plena ruptura* con la Tradición y con el Magisterio anterior de la Iglesia; y, con esto, el libertinaje de abrir de par en par las puertas a una “Iglesia nueva”, y como “reinventada”. Oigámosle:

“La primera desviación es la de creer que el Concilio ha abierto una época tan nueva, que autorice una desvalorización, un alejamiento, una intolerancia hacia la tradición de la Iglesia. Existe en muchos un estado de ánimo de radical intolerancia hacia el *ayer* de la Iglesia: ya que hombres, instituciones, costumbres, doctrinas, todo está, sin más, desfasado, si lleva la im-

pronta del pasado. De este modo, un espíritu crítico implacable condena, en estos irreformables innovadores, todo el *sistema* eclesiástico de ayer; ellos no ven otra cosa que culpas y defectos, ineptitud e ineficacia en las expresiones de la vida católica de los años pasados; consecuencias que se prestarían a muchas y graves consideraciones, y que oscurecen aquel sentido histórico de la vida de la Iglesia, que constituye, ciertamente, una característica preciosa de nuestra cultura. Tal sentido histórico es sustituido por una fácil simpatía hacia todo lo que está fuera de la Iglesia; y así, el enemigo resulta simpático y ejemplar; mientras el amigo, por el contrario, se hace antipático e intolerable. Si no se modera este proceso, da lugar incluso a la persuasión de que es lícito plantear la hipótesis de una Iglesia totalmente diversa de la nuestra de hoy; una Iglesia, suele decirse, inventada para los tiempos nuevos, donde quede abolido todo vínculo de obediencia, todo límite a la libertad personal, toda forma de sacralidad obligatoria” (Aloc. en la Aud. gen., 7 de enero de 1970).

Y otra vez: “:De estas tensiones opuestas surge

una situación de malestar, que no podemos ni debemos ocultar: ante todo, una falsa y abusiva interpretación del Concilio, que querría una ruptura con la tradición, incluso doctrinal; llegando al rechazo de la Iglesia preconiliar, y al libertinaje de concebir una Iglesia nueva, casi reinventada en su interior, en su constitución, en sus dogmas, en sus costumbres, en su derecho" (Aloc. al Sacro Colegio Cardenalicio, 23 de junio de 1972).

b) Otra denuncia versa sobre el olvido consciente de la finalidad del Concilio Vaticano II, en relación con el de Trento y el Vaticano I.

"Tenemos por cierto que las enseñanzas del Concilio Vaticano I conservan no solamente la actualidad perenne de su verdad objetiva, sino también la actualidad de su oportunidad relativa a nuestra época. Podrá alguno pensar que el Concilio Vaticano II ha confinado en la historia pasada, en los archivos de la erudición eclesiástica, al Vaticano I; y que aquel Concilio de Pío IX no tiene nada que decir sobre temas de actualidad y de oportunidad a nuestras actuales aspiraciones espirituales y a nuestra madurez cultural. Pero esto no es así.

"No es así, porque, como se ha explicado, los dos Concilios Vaticanos, I y II, son complementarios. El I debía ser proseguido y completado; y fue interrumpido bruscamente; pero lógica e históricamente se debe considerar como la base del II; las relaciones con las que este II se une al I lo demuestran claramente. Por ello, si actual es el II, como de hecho lo es; actual también es y debe ser tenido igualmente el I" (Aloc. Aud. gen., 11 de diciembre de 1969).

Y al año siguiente: "Éste era el pensamiento dominante de nuestro venerado predecesor, cuando convocó el Concilio: una adhesión renovada, serena y tranquila, a todas las enseñanzas de la Iglesia, en su plena integridad, transmitidas con la precisión de términos y de conceptos, que es gloria peculiar de los Concilios Tridentino y Vaticano I" (Aloc. Aud. gen., 30 de septiembre de 1970).

c) Y aun, para más claridad, nos dice y repite Pablo VI lo que *no es* el "aggiornamento" querido por la Iglesia:

"En las discusiones posconciliares, aducen muchos el *aggiornamento*, no con un criterio de renovación coherente y constructiva, sino como una piqueta demoleadora, armada abusivamente con la fuerza de la libertad, con la que Cristo nos hizo libres" (Aloc. Aud. gen., 28 de octubre de 1970).

"Son muchos los que abusan del Concilio, interpretando su *aggiornamento* como el permiso y aun

casi la invitación a un cambio tan radical, que se llegue a volver secular, y hasta muelle y mundano, tanto el estilo y los usos exteriores, como la mentalidad de la vida cristiana, sin excluir la vida religiosa" (Aloc. Aud. gen., 7 de septiembre de 1972).

"Todos hemos acogido la palabra prestigiosa *aggiornamento* como un programa; programa del Concilio y del Posconcilio; programa personal y comunitario; señal evidente de que en el corazón mismo de la ortodoxia debe actuar, a manera de fermento, el impulso de la vida nueva, el aire animador de las conciencias. La religión es vida; y a semejanza de nuestra vida biológica, debe estar subjetivamente en una continua renovación, en una continuada purificación, en un crecimiento continuo. San Pablo no cesa de repetirlo: "El hombre interior se renueva de día en día" (2 Cor., 4, 16); "Despojaos del hombre viejo, el que se corrompe por las pasiones mentirosas; y renovaos en el espíritu de vuestra mente; y vestíos del hombre nuevo (Cristo) (Eph., 4, 22, 23). "Procuremos crecer en todo hacia Cristo" (Eph., 4, 15), "siempre avanzando en el conocimiento de Dios" (Col., 1, 10)...

"Por eso, aceptamos de buen grado el *aggiornamento*; intentamos interpretar fielmente su verdadero significado, y acoger sus consecuencias renovadoras; primeramente en el interior de las almas; y después, si es necesario, en las leyes exteriores. Pero esta renovación no carece de peligros, de muchos peligros. El primero es el de los *cambios*, cuando son queridos por sí mismos, o como condescendencia con el transformismo del mundo moderno; de los cambios que son incoherentes con la tradición irrenunciable de la Iglesia...

"No se puede inventar un cristianismo nuevo, para renovar el Cristianismo; es necesario serle constantemente fieles; y esta estabilidad en el Ser, con esta su continuidad en el movimiento y en el desarrollo, propia de todo ser viviente, no puede ser calificada de reaccionaria, oscurantista, arcaica, burguesa, clerical, o con cualquier otro título despectivo; tal como la define, por desgracia, cierta literatura moderna, por la fobia a cuanto pertenece al pasado; o por la desconfianza en todo aquello que el Magisterio de la Iglesia presenta como objeto de fe, o íntimamente relacionado con la fe. La verdad es así: *permanece*, por ser verdad divina" (Aloc. Aud. gen., 12 de agosto de 1970).

Otros muchos pasajes podríamos citar de Pablo VI; pero con los aducidos queda del todo patente su pensamiento acerca de lo que es y de lo que no es el "aggiornamento".

III - CAUSAS DE LA PERVERSION DEL LEGITIMO «AGGIORNAMENTO»

La primera causa es la que nos acaba de indicar el Papa Pablo VI: la "fobia" por todo lo pasado; pues esta fobia se opone por completo a que se mantenga el "ser" de lo que se ha de renovar o poner al día.

Salta a la vista lo que ahora cunde por doquier: la *idolatría* por todo lo que es moderno, y por serlo; y el *rechazo* de todo lo que es antiguo, y por serlo.

Pero tal norma, teórica y práctica, que tantos siguen ahora, en la apreciación y estima, en la valoración y uso de las cosas, no es ni racional ni cristiana.

Cuando San Ignacio, en el "Principio y fundamento" de sus Ejercicios Espirituales, saca la consecuencia práctica de las dos primeras verdades: el fin del hombre y el fin de las demás cosas, dice: "De donde se sigue que el hombre *tanto* ha de usar de ellas, cuanto le ayudan para su fin; y tanto debe quitarse (o abstenerse) de ellas, cuanto para ello le impiden".

Así, pues; la valoración y uso de las cosas no ha de ser porque sean antiguas o modernas; sino por el "tanto cuanto" ayudan o impiden a nuestros legítimos fines particulares, y, en definitiva, a nuestro último fin. El recto proceder es prescindir de si una cosa es antigua o moderna; poner la mira en si ayuda o no ayuda, en si ayuda más o ayuda menos; y así, tomarla o dejarla, usar de ella o abstenerse de ella, tanto cuanto nos ayuda para un objetivo racional y cristiano.

Y es cosa clara que el proceder contrario, el que muchos tienen ahora como norma en la valoración y uso de las cosas, de rechazar lo antiguo por ser antiguo, y aceptar lo moderno por ser moderno, es muy mala disposición para una "puesta al día", tal como es enseñada y querida por la Iglesia. Y esto es así, porque poner al día una cosa consiste en que conservándola cuidadosa y respetuosamente en su sus-

tancia, en su ser, se acomode, se adapte a nuevas circunstancias, a problemas nuevos; pero no puede consistir en rechazar la tal cosa, o arrumbarla, o destruirla.

Muy conjunta con esta causa suele ir la errónea interpretación del Concilio Vaticano II; de sus enseñanzas doctrinales y pastorales, y de sus normas prácticas y decretos disciplinarios. Todo esto lo tenemos muy claro, preciso y terminante; y por lo mismo no hay lugar a duda para la recta inteligencia del espíritu que ha de informar y regir el verdadero "aggiornamento", y de las normas para llevarlo a feliz término. Pero casi todo esto se interpreta erróneamente; si al espíritu y a la letra de tan luminosas enseñanzas y normas lo sustituyen las opiniones subjetivas, los propios pareceres, imbuidos con harta frecuencia de ideologías nada ortodoxas; la consecuencia es el "aggiornamento" mal entendido y peor realizado.

Otras causas de lo mismo son: la secularización, tan en boga hoy día, y llevada a increíbles extremos; el falso concepto de la libertad y de la personalidad humana; y una errónea concepción de la evolución del hombre y de la Iglesia, con sus secuelas del falso profetismo, de la Iglesia carismática, etc.

No queda espacio para desarrollar estas causas. Baste haberlas anotado.

Pero no podemos olvidar que una causa decisiva de estas desviaciones de la verdadera "puesta al día", es la que para explicar toda la crisis actual de la Iglesia, señaló el Papa Pablo VI, en su homilía de la Misa de San Pedro y San Pablo, el 29 de junio de 1972: la acción misteriosa pero realísima del enemigo del hombre, el Demonio; tal como tantas y tantas veces la hemos oído, de labios de Cristo, en el Evangelio.

ROBERTO CAYUELA, S.J.

PARA TENER A DIOS POR PADRE HAY QUE TENER A MARIA POR MADRE

Así como en el orden de la naturaleza es necesario que tenga el niño padre y madre, así en el orden de la gracia es necesario que el verdadero hijo de la Iglesia tenga por padre a Dios y a María por Madre, y el que se jacte de tener a Dios por padre, sin la ternura de verdadero hijo para con María engañador es, que no tiene más padre que el demonio.

SAN LUIS M.^a GRIGNON DE MONFORT

AL MEDIO SIGLO

1917, EN LA TEOLOGIA DE LA HISTORIA

XL

1918 - EL DERRUMBAMIENTO DE LOS IMPERIOS CENTRALES. EL ARMISTICIO

El "Climax". — La segunda batalla del Marne

Ya lo hemos dicho. En su supremo esfuerzo, las tropas alemanas representaban (con las que regresaban de Rusia y se habían lanzado sobre el frente occidental) cuatro millones; pero las aliadas alcanzaban ya los seis. Y, de un modo implacable, cada semana desembarcaban más de setenta mil hombres de tropas enteramente de refresco, partiendo de una cantera de reserva que, en ultramar, aun ascendía, sin necesidad de ninguna movilización, a más de otros dos millones.

Se veía bien claro que la causa de Alemania, a pesar de tener a sus tropas en Château Thierry en el Marne, dentro de una bolsa que amenazaba París, estaba, por lo menos a la larga, perdida, pese a que no hacía muchas semanas el fiel de la balanza aún parecía inclinarse, en momentos críticos, a su favor.

Porqué el citado alud americano estaba allí para salvar a los Aliados de su derrota cierta. Sin él, 1918 (con las divisiones alemanas traídas de Rusia), hubiera visto una "debâcle" de Francia como la de 1940. Los ingleses se hubieran retirado hacia el mismo Dunkerke, y se hubieran puesto a salvo, mientras las tropas imperiales hubieras entrado en París, como lo habían de hacer, veintidós años más tarde, las de Hitler. Y la guerra hubiera terminado, en el mejor de los casos para Inglaterra, en tablas, una vez hundida Francia, su mejor soldado continental.

Efectivamente, aprovechando Foch la posición desfavorable en que se hallaban los alemanes en la bolsa en que, atrevidamente, se habían metido cabe el Marne, el día 18 de julio, inició a las cuatro de la mañana un fuerte ataque, a base de más de 300 carros de asalto y grandes masas de infantería. Huelga decir que encuadradas por americanos y marroquíes.

Puede decirse que, desde aquel momento, ya las tropas alemanas no obtuvieron victoria alguna, y su retroceso ya había de ser continuado. La "bolsa" de

Chateau Thierry hubo de ser abandonada, y comenzó el repliegue, de nuevo, hacia el Aisne. El mundo entero se dio cuenta de que la suerte ya estaba, definitivamente, echada.

Aun cuando es cierto que, a partir de julio, todos los elementos de superioridad se hallaban ya en manos de los Aliados, y no parecía ya que había de tener mérito especial su victoria (el mérito mayor de toda la Guerra, desde el punto de vista francés, hay que tributarlo a Pétain, el gran jefe que supo economizar fuerzas y resistir en años tan difíciles), no hay que regatear a Foch su gran talento militar, ya que toda su táctica, desde el momento en que comenzó la ofensiva, fue de una continuidad extraordinaria. Golpe tras golpe, perfectamente calculado, en todo el extenso frente (su principal ariete era el sector llevado por los generales, a justo título famosos, Mangin y Degoutte), secundado, al fin, por los ingleses, siempre torpes y rehacios a todo sacrificio, no dejó ya momento de reposo a las fatigadas y heridas divisiones del cansado ejército alemán.

El día 8 de agosto, proclama Ludendorff en sus Memorias, que califica "día de luto para el ejército alemán", se señalaron los síntomas de desmoralización en las huestes germanas. Y no había que exagerar: hasta el fin, este magnífico ejército alemán, en cierta forma, de mantuvo invicto; pero ya las fuerzas humanas no daban para más. Tal día coincidieron, con la necesidad de diversas operaciones de evacuación y retroceso, algunos primeros síntomas de cansancio y casi de indisciplina. Se vio claramente que la voluble diosa victoria había cambiado decididamente de favoritos. También en este fatal día, los últimos elementos rápidamente improvisados para el logro de una gran contra-ofensiva tudesca, se vieron anulados por el desarrollo creciente de enormes elementos enemigos en carros de combate, aviación, e incluso propaganda distribuida por ésta última.

A fines de agosto los alemanes se mantenían en

las mismas posiciones de primeros de 1918, pero con toda su marcha, toda su coyuntura, por así decir, invertida.

El mes de septiembre fue teatro de una defensa heroica de parte de las tropas alemanas, que tras sangrientos combates, contenían a los ingleses en la parte del frente de Flandes y de Picardía. También se defendieron en todos los sectores del frente francés, sufriendo en el Aisne las acometidas de Mangin, el más fogoso general de la ofensiva. Otra muy briosa, lanzada por las tropas americanas muy valientes, pero bisonas, en la Champaña, fracasó, si bien ya no tuvo consecuencias ante los acontecimientos que se precipitaban. Todo el inmenso frente se tambaleaba.

En octubre, al compás que llegaban las capitulaciones de Bulgaria, del colapso de Turquía, y de la descomposición interior del Imperio austríaco, se produjo, por fin, la retirada de las tropas imperiales que en 1914 habían ocupado toda Bélgica y el Norte de Francia. A mediados de dicho mes, ya el frente se limitaba casi a la frontera belga. Gante y Brujas habían sido evacuados, y el litoral, hasta Holanda, caía en poder de los aliados. Tras un corto respiro, acabada la segunda decena éstos continuaron su avance. Bien es verdad que el retroceso alemán se produjo siempre ordenadamente, como en busca de nuevas posiciones de defensa, y en ningún momento Foch logró promover una batalla decisiva cuya victoria hubiese podido coronar de gloria las tropas aliadas. De tal victoria militar, por lo menos en su concepto clásico, jamás pudieron envenecerse los franceses.

El armisticio del 11 de noviembre de 1918

Lo primero que choca al lector de estas tan tremendas páginas de la Historia, es la premura con que se produjo todo. Repitamos, para fijar bien las ideas, una vez más, en resumen, la visión.

En la Primavera de 1918 la situación de los aliados era crítica; tanto que ella produjo, por primera vez, la unidad de mando entre ellos —suprema humillación para el insoportable orgullo inglés—, poniéndola en manos de Foch y de su lugarteniente Weygand. Aun el día 17 de julio (fue en 18 cuando se produjo la contraofensiva aliada que ya debía ser definitiva y rápidamente victoriosa), las tropas alemanas amenazaban a París, cuya capital alcanzaban con su artillería gruesa.

Y sin embargo, en tres meses y medio, los Centrales se desplomaban, y solicitaban armisticio.

Mas ésto, repitámoslo también, sin una sola acción

propiamente victoriosa de parte de los aliados en el sentido clásico de la palabra. Foch no pudo saborear las mieles de un Austerlitz, ni el ejército alemán se vió jamás envuelto como el de Napoleón III en un Sedán. Ni los germanos capitularon con deshonra ni con indisciplina. En modo alguno: sus adversarios hubieron siempre de respetar su retirada, por lo menos siguiendo el viejo refrán castellano: "a enemigo que huye, puente de plata". El hueso tudesco era aun harto duro de pelar.

La razón de este hecho, que, en definitiva, ahorró otras nuevas pirámides de víctimas, estuvo en la demanda de Armisticio que, con la muerte en el alma, pero con la conciencia tranquila, propugnaban, desde agosto, los invictos generales Hindenburg y Ludendorff, quienes se daban cuenta de que, ante el alud americano, tarde o temprano (mejor tarde que temprano como veremos), la partida estaba perdida, y sólo se iba a sacar una nueva hecatombe inútil en vidas humanas.

Como Pétain y Weygand en 1940 (si bien éstos, a decir verdad, hubieron de hacerlo muchísimo más forzados por la realidad de una "debaque" sin precedentes), Hindenburg y Ludendorff hubieron de plantear ante el Estado Mayor de Guillermo II, siempre, juzgándolo con benevolencia merecedor, a lo menos, del epíteto de ligero e incapaz, la necesidad de un Armisticio. No dudaron un momento en sacrificar su popularidad y su prestigio (como harían Pétain y Weygand en 1940), para evitar nuevos y cada vez peores sacrificios en miriadas de vidas humanas.

La ligereza e incapacidad de las altas esferas teutonas alargaron inútilmente el corto plazo solicitado por los ilustres generales. Tanto que mismo Ludendorff en 26 de octubre hubo de presentar su dimisión. Había que buscar un "bouc émissaire" como ocurre en estos casos, y se sacrificó al mejor táctico y estratega del ejército. Del lado aliado se hizo el resto. En realidad, Foch y los aliados deseaban establecer el armisticio habiendo ya invadido Alemania: pero esto estaba más pronto dicho que hecho. A primeros de octubre, en realidad, los centrales habían iniciado una petición de Armisticio aceptando los famosos puntos de Wilson: pero éste fue el primero en dar largas al asunto; con ello, un mes más de hostilidades, y millares de muertos de más al foso.

Todo cuanto se diga en honor de Hindenburg, de Ludendorff y de los demás grandes jefes militares tubescos que, los primeros, señalaron la cruda necesidad del Armisticio, es poco. Y la Historia posterior la ha demostrado.

Si en 1943 (o por lo menos a principios de 1944),

Hitler, en lugar de ser un espantoso vesánico, hubiese comprendido que Alemania tenía la partida irremediablemente perdida, cuando aun tenía ocupada a casi toda Europa y conservando, todavía, hartos tantos a su favor, y hubiese imitado la conducta de Pétain y de Weygand, y, sobre todo, la de Hindenburg y la de Ludendorff, no tendría sobre su trágica conciencia el peso de la más enorme responsabilidad quizá de todos los tiempos. Y Europa —Alemania en especial— se hubiera salvado de la tremenda destrucción.

Lo que significó la invasión del África del Norte en noviembre de 1942 en la II Gran Guerra, lo fue, en la I, la gran contraofensiva de Foch en julio de 1918. Es decir: la voltereta de la suerte.

Tras la invasión de África del Norte en 1942, se vio bien claro que la derrota era segura para Alemania y Japón. Como tras la II batalla del Marne, en 1918, se vio que la derrota era indefectible para los centrales. Pero derrota a muy largo plazo.

Efectivamente: si Alemania, ella sola contra todo el Mundo (exceptuando el Japón), se defendió tremendamente durante todo el 1943 y 1944 y parte del 1945, ¿que no hubiera podido hacer, en 1918, la misma Alemania, defendiéndose contra los aliados, cuando acababa de conseguir una de las victorias mayores de todos los tiempos hundiendo a Rusia, con sus tropas todas adentradas en Francia y en Italia, y todo el Oriente de Europa abierto a sus suministros? Estamos seguros que una defensa a ultranza de Alemania y de Austria Hungría, hubiera podido mantenerse, por lo menos, hasta 1920. ¡Pero, a costa de cuantas pérdidas humanas y materiales!! Y también que sacrificio más estéril, cuando la inagotable reserva norteamericana daba la total seguridad de la victoria definitiva a los aliados, que como hemos visto en aquellos momentos englobaban ya casi todo el mundo, coaligado contra Germania!!

El día 7 de noviembre, llegaba, al bosque de Compiègne, en el punto que se conserva como la "clairière de l'Armistice", el tren especial del mariscal Foch, concediendo, por fin, audiencia a los plenipotenciarios alemanes, que atravesaron la línea de fuego el 8 de noviembre, tras diversas anécdotas y peripecias que consigna la Historia. A las nueve de la mañana eran recibidos en el vagón del Alto Mando aliado, en el cual, al lado del Generalísimo, se hallaban representantes de las fuerzas de mar y tierra de Inglaterra y demás potencias.

Más esto merecerá, Dios mediante, capítulo aparte en el que será el próximo. Veamos, entre tanto, como ya se había producido, antes el colapso del grupo de los Centrales, de los aliados de Alemania.

"Requiem" por Austria-Hungría

A que extendernos más en la agonía del Imperio? Vindicado éste en Caporetto, ya no le quedaba más que morir.

La victoria gloriosísima de los Centrales sobre Rusia —que hemos calificado, y no nos arrepentimos de ello, en quizá la victoria más sonada, hasta entonces, de todos los tiempos—, había llegado tarde. Ya hemos explicado que la pobre Austria, la pobre Hungría, no podían más.

La propaganda, la conjura perfectamente concordada entre las Sectas y los aliados, que no perdonaron medio alguno, por bajo que fuese, había conseguido ya la disolución moral del Imperio danubiano. La traición le acechaba por doquier. Las tropas provenientes de Bohemia, de Moravia, de Rutenia, de la Galitzia, bajo el denominador común de eslavos del norte; las de Transilvania bajo el de rumanos; las de las llanuras de Danubia, del Drave y del Save, o sea de Croacia, de Eslovenia, de la Dalmacia, de Bosnia, de Erzegovina bajo el de eslavos del sur o yugoeslavos, se pasaban al enemigo o desertaban abiertamente. No quedaba los austríacos otra hermandad de armas que la de los bravos húngaros, fuertes y brutales, pero leales hasta el fin. La fusión que un día, y no sin fortuna, se hizo, transformando el Imperio de los Habsburgo en Doble Monarquía, había resistido la prueba, hasta morir. ¡Austria-Hungría sucumbía con honor! Se había cumplido el voto del viejo y difunto Emperador Francisco José!

Su sucesor, el joven Emperador Carlos no pudo hacer otra cosa sino recibir, en herencia, la corona de espinas. Bueno y leal, con la posición que parecía debía darle el no haber tenido responsabilidad alguna en el mundial conflicto, había alentado, meses antes, unas negociaciones de paz beneméritamente llevadas por el Príncipe Sixto de Borbón. Pura anécdota por su ineficacia; en su ingenuidad política fue víctima del chantaje de sus enemigos, de Clemenceau ante todo. Más pasemos adelante.

Apuñaladas por la espalda, tan sólo quedaban en el frente del Piave las divisiones alpinas de tiroleses y alemanes. Ante la deserción general, hubieron de retirarse a sus enhiestos picos donde no sería fácil desalojarlos. Hacia la última semana de octubre, los italianos se apercibieron de que ya no tenían enemigo delante. Un paseo militar les permitió recuperar toda la llanura veneta perdida en 1917. La primera población que ocuparon se llamaba, nombre de resonancias poéticas tan oportunas en aquel momento, Vittorio Véneto. Y así quedó como símbolo de una no di-

ficil victoria que pronto el egoísmo franco-británico habría de hacerla calificar como de "victoria mutilada". Italia se hacia con Trento y Trieste que igualmente se hubieran juntado, al llegar la Paz en 1918, con la madre Patria sin necesidad de 3 años de guerra y de más de un millón de muertos. El 3 de noviembre se concertaba el armisticio. Una semana antes los checos habían proclamado su independencia en Praga, los yugoeslavos en Agram, y hasta los escasos húngaros no fieles, su separación de Austria.

Bulgaria y los Balkanes

Cometiendo lo mismo que habían hecho los alemanes en Bélgica, los aliados, utilizando a su criatura, el de otro lado sagacísimo y sin escrúpulo político Venizelos, como ya hemos explicado en números anteriores, habían expulsado al Rey Constantino de Grecia, a la que habían obligado a sumarse a su campo. Tras una organización que ocupó los años 1917 y mitad del 1918, en verano de éste último, ya existía, apoyada en la gran base naval de Salónica, un potentísimo ejército aliado con un frente que se extendía desde Albania hasta el Egeo. Desde agosto de 1918, a las órdenes del que fue luego nombrado mariscal Franchet d'Esperey, inició una ofensiva. Una vez más las divisiones alemanas hubieron de desguarnecer otros frentes para suplir la debilidad de sus aliados; en este caso, ya fue, por parte de no pocos jefes y políticos búlgaros, de neta traición, de soborno. En 28 de septiembre, Bulgaria pidió y obtuvo ya un armisticio de parte de los aliados. Con ello, muy pronto, la conexión Alemania-Austria-Turquía (aparte de su aportación material, el grande apoyo que había representado para Alemania la alianza búlga-

ra fue asegurar aquella conexión) quedó amenazada y aun cortada. Las tropas de Franchet d'Esperey, en su rápido avance —ya sin casi enemigos— a mediados de octubre atravesaban el Danubio dejando atrás Belgrado y penetrando en Hungría, en tanto que por el Este amenazaban Constantinopla. Todo el reducto balcánico estaba en poder de los aliados.

Y también el fin del Imperio turco

Igualmente, en este cataclismo final, las tropas aliadas que, desde que habían ocupado Jerusalén, meses atrás, se hallaban detenidas, tomaron la ofensiva a fines del verano de 1918; el 7 de octubre entraban en Beirut, el 15 en Damasco y el 27 en Alepo. En este momento Turquía, totalmente exhausta, pidió asimismo armisticio. Y es muy curioso observar que éste se hizo casi a espaldas de Francia, convenido entre Inglaterra y Turquía, en Mudros. La humillación de Francia fue considerable; una vez más Inglaterra demostraba que sólo se interesaba por su egoísmo; y ya sólo pensaba en sus ambiciones sobre el Irak, la Palestina, el petróleo, el Oriente árabe en general y también, como no, siempre maquiavélica, se mantenía en su deseo de que no desapareciese de todo Turquía, en cuyas débiles manos prefería ver el Bósforo, que no en los de otras mayores potencias. No en vano la gran I Guerra Mundial acababa en este "poker" maravilloso para la hegemonía de Albión: el hundimiento simultáneo de Alemania —su más terrible enemiga en la Historia de hoy—, con el de Rusia —su eterna enemiga de ayer—. Pero la Providencia, en sus caminos, se reservaba la última palabra sobre estos triunfos tan maquiavélicos como supremamente escandalosos. Y el porvenir habría de decir si estas no eran victorias pírricas.

LUIS CREUS VIDAL



Intenciones del APOSTOLADO DE LA ORACION

J U N I O

GENERAL. — Que los cristianos cuiden de un modo organizado y constante del bien de sus hermanos más pobres.

MISIONAL. — Que se realice fructuosamente en Birmania el diálogo entre la religión cristiana y la religión budista.

MONSEÑOR CASTÁN APRUEBA EL LIBRO DEL P. IGARTUA, S. I., SOBRE DIEZ ALEGRÍA

El obispo de Sigüenza y presidente de la Comisión Episcopal para la Doctrina de la Fe, monseñor Laureano Castán Lacoma, ha aprobado laudatoriamente el libro del Padre Juan Manuel Igartua, S. J., titulado "Respuesta teológica a Díez Alegría". Este libro había sido anteriormente rechazado por un censor en su presentación a la censura de la Compañía de Jesús, por lo que el superior competente, en este caso, el provincial de Loyola, no había autorizado su publicación.

El Padre Igartua —según ha manifestado él mismo a "Cifra"— juzgó oportuno seguir los cauces legítimos que la Iglesia le ofrece para llevar adelante el caso y dirigió una carta, como sacerdote de la Iglesia en España, a monseñor Castán como obispo y presidente de la Comisión para la Fe, rogándole que, si le parecía legítima la petición, quisiera examinar personalmente el libro acerca de la doctrina en él contenida y la oportunidad pastoral de su publicación.

En carta dirigida al Padre Igartua, manifiesta monseñor Castán que ha leído cuidadosamente ambos libros, el del Padre Igartua y el del Padre Díez Alegría, así como varios pareceres que sobre este último había solicitado oficialmente, como presidente de la Comisión. Señala en su carta que "la valoración que usted hace del libro del Padre Díez Alegría es objetiva, serena y recta" y ello, precisamente "desde el punto de vista formal en que se sitúa la fidelidad al magisterio de la Iglesia. Considera, asimismo, que "los puntos concretos que rebate de Díez Alegría son dignos de impugnación, o por su ambigüedad, o por sus inexactitudes, o por los errores que contienen".

En cuanto a la forma en que el Padre Igartua desarrolla la argumentación, ésta le parece "correcta por lo que se refiere al respeto personal y a la caridad", utilizando argumentos teológicos y bíblicos válidos, "sin que recuerde haber encontrado ningún detalle en el libro contra la ortodoxia católica". Respecto a la oportunidad de que se publique el libro, aclara que, dada la resonancia y grande difusión que ha tenido el de Díez Alegría, "no sólo es oportuna, sino sumamente conveniente la publicación de una crítica serena y razonable" como la del Padre Igartua, y autoriza a éste para dar a conocer su carta si lo juzga conveniente.

En dicha carta, y respecto del libro de Díez Alegría, dice, textualmente, monseñor Castán:

"Hago más totalmente las apreciaciones que del

libro del Padre Díez Alegría han hecho *L'Osservatore Romano* del 1 de abril, y *La Croix* del 20 de marzo, al decir el primero que Díez Alegría «expone tesis por lo menos discutibles y peligrosas», y el segundo, que «la teología del Padre Díez Alegría es inquietante sobre muchos puntos» y estimo que estos enjuiciamientos son más bien benignos.

"El enfrentamiento del Padre Díez Alegría con el magisterio ordinario es pleno, tanto en temas doctrinales como disciplinares. La negación de que el magisterio ordinario puede llegar a ser infalible, según enseñan el Vaticano I y II, y la interpretación que da de las mismas definiciones de la Iglesia, las juzgo insostenibles."

El Padre Igartua había presentado previamente a monseñor Castán varios juicios de obispos y teólogos españoles conocidos, todos ellos plenamente favorables a su propio libro. Entre ellos figuran monseñor Eugenio Beitia, obispo dimisionario de Santander, quien estima esta crítica del Padre Igartua "serena y adecuada" y da las gracias al autor "por el servicio prestado a la Iglesia con su trabajo". Por su parte, el Padre Eleuterio Elorduy señala que "el trabajo del Padre Igartua es una reflexión crítica seria, sólida, de estilo claro y respetuoso, y constituye una excelente aportación en el tema Díez Alegría", cosa que él "estima, en conciencia, deber declarar ante la Iglesia".

El Padre Juan Manuel Igartua ha manifestado a un redactor de "Cifra":

—Sigo en mi propósito de llegar a la publicación del libro, si es posible, siempre dentro de una obediencia legítimamente entendida, y espero poder publicar íntegros los citados juicios. Pero deseo aclarar expresamente que este recurso al presidente de la Comisión episcopal para la Doctrina de la Fe no significa en sí mismo, en modo alguno, enfrentamiento con el juicio decisorio de la Compañía de Jesús, ya que en ella me quedan abiertos los caminos legítimos que aún no he utilizado, y el juicio anteriormente dado en la Compañía puede ser superado y modificado con el conveniente recurso. Pero, dado que habían entrado apreciaciones doctrinales y pastorales en el asunto, he preferido, para mayor seguridad propia, contar con la garantía del juicio de valor de quien es la legítima autoridad en la Iglesia de España en estos asuntos de la publicación. — ("Cifra").